

Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Ciencias Históricas

**¿Historiografía o Biografía de la Nación?:
LA REPRESENTACION DEL MAPUCHE EN LOS
textos DE BENJAMIN VICUÑA MACKENNA,
1868-1870**

Informe de Seminario de Grado para optar al Grado académico de Licenciada en Historia

Alumna:

Valentina González Hernández

Profesor Guía: Leonardo León Solís

Santiago de Chile enero, 2009

AGRADECIMIENTOS . .	4
Dedicatoria . .	5
[Introducción] . .	6
Capítulo I:El lugar: Proyecto modernizador de la República de Chile . .	17
1.1. Sobre los artífices de la República . .	17
1.2. Los padres de la República de las Letras chilena: Constructores del relato modernizador . .	20
1.3. Historiografía decimonónica en Chile: Escribas, escribanos y escribientes . .	23
Capítulo II.El relato: La validez de la verdad . .	28
2.1. Benjamín Vicuña Mackenna: Historiador, Diputado, Intendente e Intelectual . .	28
2.2. Opinión de sus pares . .	32
2.3. La Imagen de los Mapuches en el discurso de Benjamín Vicuña Mackenna: Binarismo Excluyente . .	34
Cierre . .	40
Fuentes Impresas . .	42
Bibliografía . .	43
Artículos . .	44

AGRADECIMIENTOS

A mi madre Sandra y mi padre Exequiel por la vida, las risas y las letras. A mis hermanos Emilio e Ignacio por ser mi fieles compañeros. A mi abuela por coleccionar los libros que cito aquí. A mi familia toda por hacerme lo que soy.

A la escuela de Historia por los cientos de sueños que derrumbó y volvió a levantar. Gracias a los profesores que conocí allí, gracias a los bibliotecarios y funcionarios. Mil gracias a mis amigos .

A Leonardo León, las más sentidas y sinceras gracias por la pasión de las palabras, la magia de los cuentos y la esperanza de un día mejor. Gracias profesor por su amistad.

Y gracias a ti, Sergio, por la motivación que me dan nuestros sueños.

Dedicatoria

A Sergio que fue abuelo y será amor

[Introducción]

“El indio (no el de Ercilla sino el que ha venido a degollar a nuestros lavadores del Malleco y a mutilar con horrible infamia a nuestros nobles soldados) no es sino un bruto indomable, enemigo de la civilización porque sólo adora los vicios en que vive sumergido, la ociosidad, la embriaguez, la mentira, la traición y todo ese conjunto de abominaciones que constituye la vida del salvaje”¹. Con estas palabras, el diputado liberal Benjamín Vicuña Mackenna inició lo que sería el debate sobre la ‘cuestión mapuche’, antes de que el Estado chileno iniciara la ocupación de las tierras del Gulumapu. De los intelectuales de la época, Vicuña Mackenna fue considerado por sus contemporáneos como un sujeto ilustrado, progresista y libertario. Sus obras históricas, sus vastos conocimientos sobre la orografía, geografía y costumbres del país –que quedaron estampadas en lujosos tomos de fina factura- le hacían merecedor del reconocimiento público. Su oratoria y pensamiento crítico también eran reconocidos, incluso por sus más enconados enemigos. En una palabra, Vicuña Mackenna pertenecía a ese pequeño círculo de intelectuales que dieron origen y nacimiento al Estado-nación chileno. Un prócer de la República que hoy tiene estatuas.

Ante esta amplia gama de cualidades que lo sitúan en el mundo de la aristocracia de las letras chilenas, cabe preguntarse, ¿Cómo es posible que se refiriera con el vocablo de “brutos”, “indomables”, “viciosos”, “ociosos”, “borrachos”, “mentirosos”, “traidores”, “abominables” y “salvajes”, cuando se refería a los habitantes del Gulumapu (Araucanía)?; ¿Sobre qué fundamentos epistemológicos basaba sus crudas opiniones?; ¿Cuál es el contexto en que se insertan sus palabras?. “Se invoca la civilización a favor del indio, ¡pero qué le debe nuestro progreso, la civilización misma! Nada, a no ser el contagio de barbarie con que ha inficionado nuestras poblaciones fronterizas...”. Para Vicuña Mackenna, la presencia de los mapuches, en sus propias tierras y al otro lado de la centenaria frontera del río Bío-Bío, constituía una verdadera amenaza contra su sociedad y su mundo. El ‘indio’, como denominó a los mapuches, tenía los rasgos de una enfermedad congénita, dada por su naturaleza, producto de su constitución biológica y su larga historia de confrontación con los *winkas*. De acuerdo al parlamentario, los ‘bárbaros’, concepto acuñado en su momento por Domingo Faustino Sarmiento –quien justamente en esos mismo años ejercía el cargo de Presidente de la República en Argentina- acechaban desde sus limes la civilización y parecían pretender ahogar al mundo creado por la Ilustración y el Liberalismo. ¿Por qué, un hombre tan acucioso y con espíritu de observación, concebía a los mapuches desde esa perspectiva? Teniendo en cuenta que los mapuches habitaban apaciblemente en sus tierras, lejos del centro y sin representar peligro alguno para este círculo de hombres que desde sus palacios planeaba al país, ¿Qué clase de temor podía provocar estas palabras? ¿Qué era lo que se deseaba defender, qué secretos había que salvaguardar? A primera vista nada parece justificar una reacción de este tipo,

“Basta ya de novelas y poemas señor. El bárbaro vende a sus hijos y vende también su propia patria. ¿Cómo se han adquirido los terrenos situados entre el Bío-Bío y el Malleco? Muchas veces el precio de una heredad no ha pasado de un canto de aguardiente. Es cierto que el bárbaro es valiente, ¿Pero qué salvaje no lo es? Es cierto que el indio defiende su

¹ Benjamín Vicuña Mackenna, “Primer discurso sobre la Pacificación de Arauco” en *Discursos Parlamentarios de Benjamín Vicuña Mackenna* (3 Vols., Santiago, Universidad de Chile, 1939) Tomo I.

suelo; pero lo defiende porque odia la civilización, odia la ley, el sacerdocio, la enseñanza”. En Vicuña Mackenna el realismo y el pragmatismo se fundían en la gestación de conceptos y categorías que con, la cita de algunos casos excepcionales, se convertían en verdades irrefutables. Se generaliza para excluir, para negar, para calumniar, para borrar lo real y sentar en su lugar los prejuicios. Lo más importante es que las descripciones que proveía el afamado intelectual eran inmediatamente tomadas por sus colegas parlamentarios y por la ciudadanía como el fruto de una reflexión profunda y sistemática.

“La patria que el defiende es la de su libre y sanguinaria holgazanería, no la santa patria del corazón, herencia de nuestros mayores, santificada por sus leyes, sus tradiciones y sus tumbas. Es una cosa probada que el indio no sabe nada de ese poderoso heroísmo de sus abuelos, que nosotros por moda le atribuimos. A buen seguro que ni Melín ni Quilapán han visto jamás un ejemplar de la Araucana ni saben quiénes fueron Rengo y Galvarino”. Según Vicuña Mackenna, el ‘barbarismo’ de los habitantes de la Araucanía les impedía incluso no reconocer su propia historia; el pasado les estaba negado y la memoria, como la de un salvaje, quedaba remitida al tiempo de lo presente. Resulta por supuesto curioso, que el Intendente de Santiago y republicano de primera línea, demandara a los mapuches conocimientos que habían engendrado sus enemigos. Vicuña Mackenna realiza una operación historiográfica interesante: distancia a los mapuches de su tiempo –actuales- de los sujetos de la epopeya. Establece un quiebre entre ambos y elimina cualquier elemento de continuidad. Los mapuches de su tiempo son gente sin identidad y carecían, por lo tanto, de un relato que les insertará en el tiempo histórico de la Humanidad. Hombres y mujeres que quedaron relegados en un tiempo sin memoria, en un limbo sin referentes ni geografía.

¿Cómo es posible que un hombre considerado inteligente pensara lo que para nuestro tiempo parecen tonterías?; ¿Quién le autorizó para que pronunciara en pleno Congreso Nacional tantas majaderías que, al menor análisis, colapsaban frente a la crítica?; ¿Por qué se le permitió hablar en voz alta, cuando sus palabras iban montadas sobre suposiciones malintencionadas y prejuicios sin fundamento?, se podría pensar que Vicuña Mackenna fue un hombre poderoso y hábil; se podría suponer que contaba con eficaces herramientas y un prestigio como historiador que transformaba, de modo automático, a su audiencia en discípulos. También se puede pensar que Vicuña Mackenna simplemente voceó las opiniones de su época.

* * *

Las explicaciones que proceden de la mitología, la fe y la filosofía, responden a un conflicto inherente al ser humano: ¿quiénes somos, por qué somos, de dónde hemos venido y para dónde vamos? Pareciera ser que las preguntas surgen exactamente en ese momento en el que aparece la noción de un futuro. Temo comenzar estableciendo una ley natural, pero, si he de escribir, permítaseme sentenciar. La necesidad de “poder comprender” la relación existente entre los individuos y el medio y, la forma cómo nace esta relación, dan origen a una serie de cuestionamientos que encuentran una respuesta de carácter social. Un lenguaje, unas costumbres, unas tradiciones y/o el relato de ellas (La Historia en el caso de Occidente Moderno), operan de mecanismo de construcción de una identidad cultural en la que se basa una comunidad, entregando una idea de pertenencia. En otras palabras, cualquier tipo de relatos gesta lo que denominamos comunidad.

Este hallazgo, o invención, de un motivo “de ser” parecen calmar el tremendo abismo que encarna el miedo a la existencia arrojada que la acecha el tiempo –la muerte- de Heidegger. “Si el ser ha de concebirse partiendo del tiempo y los distintos modos y derivados del ser se vuelven de hecho comprensible en cuanto modificaciones y derivaciones

poniendo la mirada en el tiempo, con ello se hace visible el carácter ‘temporal’ del ser mismo...”². Si al temor a la temporalidad agregamos de que los seres humanos son y están siendo en función de un tiempo y un lugar al que no han escogido pertenecer, pero al cual están irremediabilmente atados y pertenecen, la religión, la filosofía o el relato histórico efectivamente emergen como una tabla de salvación. La respuesta comunitaria, dada a luz desde sus bases, indicará la “verdad” o al menos aquella que es aceptada en su propio universo.

Entonces corresponde preguntarnos, ¿Quiénes elaboran estos relatos? ¿Con qué autoridad y desde que espacio de significados se legitiman sus palabras? ¿Qué pasa en el momento en que esas ‘autoridades’ se cuestionan? ¿Qué sucede cuando la comunidad crece y ya no nos conocemos los unos a los otros? ¿En qué estado queda el saber cuando la comunidad niega la legitimidad del relato e intenta crear una nueva fundamentación para la ‘verdad’? Más aún, ¿Qué sucede si la respuesta a dichos cuestionamientos no es de elaboración comunitaria, sino que se trata de un paquete de modos de comportamientos deseados y configurados por grupos minoritarios? ¿Qué pasa cuando es el poder el que determina la respuesta?

Toda vez que los Estados pretenden implantar una nación –única, hegemónica, excluyente- sobre comunidades distintas, obran construyendo mecanismos de adhesión, desarrollando dispositivos de control e implantado mecanismo de dominación. Lengua, símbolos, banderas, tradiciones, rituales, y relatos de un pasado común, operan de soportes para una verdad del pasado construida ilegítimamente. La historia, como disciplina, y los historiadores como sus oficiantes, se han encargado, en distintas épocas y en distintas regiones de dicha elaboración. “El pasado es un factor esencial –quizás el factor más esencial de dichas ideologías”, escribió el historiador británico Eric Hobsbawm, refiriéndose a los nacionalismos y fundamentalismos que plagaron el siglo XX, “y cuando no hay uno que

resulte adecuado, siempre es posible inventarlo”³. Eso es lo que, desde su tiempo y desde su época, llevó a cabo Benjamín Vicuña Mackenna. Detrás de él aparecía, como soporte, el aparato del Estado chileno. Entre otros historiadores, tales como José Toribio Medina, Diego Barros Arana, el obispo Crescente Errázuriz y los hermanos Amunátegui, Vicuña Mackenna se distinguió por dos cualidades: una, de índole personal, como lo fue su capacidad de argumentación y polémica. La segunda era más abstracta pero no menos real: su directo vínculo con el Estado, expresión irrefutable del poder que ejercía la aristocracia de la época. Sus palabras no solo convencían, también construían socialmente los términos en que se concebía la ‘Patria’. En Vicuña Mackenna, el discurso adquiere lo que Foucault denominó “la construcción de verdades” o “saber legítimo”, esa capacidad que gozan algunos sujetos –los que ejercen el poder- para sentar los paradigmas que guían a una época⁴. No se habla en realidad de sabiduría sino de la palabra entendida como un dispositivo de poder.

Para adentrarnos en el análisis de nuestro tema es necesario definir algunos vocablos tales como el de *modernidad*. Se utilizará la definición de Jorge Larraín quien plantea que la modernidad “vuelve el presente hacia el futuro”⁵. La *modernidad* no es propiamente

² Martín Heidegger, *Ser y Tiempo* (Fondo de Cultura Económica, México, 1971): 28.

³ Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*. (Editorial Crítica, Barcelona, 2002): 7.

⁴ Véase Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas* (Editorial Gedisa, Barcelona, 2003); *Genealogía del racismo* (Editorial Caronte, Buenos Aires, 1996).

⁵ Jorge Larraín, *Identidad Chilena* (Ediciones LOM, Santiago, 2001): 13-14.

una época particular pero su reestructuración del tiempo ha indicado un cambio de era en la medida en que representa una exaltación de nuevos valores tales como la libertad, democracia, tolerancia, ciencia y razón. Exaltación no sólo instrumental, sino también comunicativa. En este sentido, y para hacer el concepto pertinente será empleado en función de la implantación de nuevos valores pertenecientes a un nuevo proyecto para la nación chilena.

Otro concepto que de debe aclarar es el de *identidad*, Según lo expresado por Larraín, “la concepción histórico-cultural concibe la identidad como una correlación dinámica del polo público y del polo privado, como dos momentos de un proceso de interacción recíproca” que participan en la conformación de una representación colectiva de si mismos en tanto

grupo perteneciente a una Nación⁶. La ‘Nación’, según la define Benedict Anderson, es un hecho social polifacético y complejo a la vez que intangible e ineluctable. “Con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno de ellos vive la imagen

de su comunión⁷.” A ello agregaremos que la nación es, para este caso, un artefacto discursivo o, en buen castellano, un producto cultural de la elite que dirigía Chile en la época de Vicuña Mackenna. Según principios democráticos, se espera que la construcción de una comunidad responda a las necesidades y los anhelos del grupo que la compone, al menos en su mayoría, pero hay comunidades que simplemente no lo pretenden y otras en las que un grupo parece y hace efectivo uso del poder que detenta para seguir detentándolo por medio de la construcción a su modo. El trabajo consiste entonces en la elaboración de una identidad nacional, y para ello se figura “la Nación” como símbolo de correspondencia. A la vez que entendido como una imagen a la que se corresponden unos individuos, será utilizado como la amalgama que permite la filiación de dichos individuos.

El termino *discurso*, dado la multiplicidad de los enfoques, se puede definir como una estructura verbal, como un evento comunicativo cultural, una forma de interacción, un sentido, una representación mental, un signo, etc. Tanto el discurso hablado como el discurso escrito (texto) se consideran hoy en día como una forma de interacción contextualmente situada. En palabras de Foucault, “el discurso- el psicoanálisis nos lo ha mostrado- no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también lo que es el objeto del deseo; y ya que- esto la historia no cesa de enseñarnoslo- el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que uno quiere adueñarse”⁸

.Con respecto a *imagen*, entenderemos aquello que es la producción de la historia, el resultado de la escritura y la investigación: el “otro” figurado. La operación historiográfica, ha señalado Michel De Certeau, es una “inteligibilidad que se establece en relación al “otro”, se desplaza (o “progresa”) al modificar lo que constituye su “otro”- el salvaje, el pasado, el pueblo, el loco, el niño, el tercer mundo.”⁹ El sujeto de estudio entra como materia prima

⁶ Id: 16.

⁷ . Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*. (Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1993): 23.

⁸ Michel Foucault, *El orden del discurso* (Fabula Tusquets Editores, Barcelona, 2002):15.

⁹ Michel De Certeau, *La escritura de la Historia*. (Universidad Iberoamericana, México, 1993):17.

en la máquina de elaboración y se convierte según sus moldes en manufactura. Se definen sus límites y sus propiedades, se caracterizan sus cualidades, se inventa su silueta.

Estos conceptos serán los ejes principales del presente texto. Cinco conceptos inacabados e inacabables, que vuelven a conjugarse tal vez sin novedad alguna, para dar cuerpo a un ejercicio. En el trayecto de este se irán explicando sus procedencias y nuestras preferencias. Estableciendo las nociones de estos conceptos, que tendremos que convenir para entendernos, demarcaremos el diálogo que hará posible que surja la utilidad del texto y la demanda que pretendemos suplir.

Chile, nuestra “comunidad” esta hoy enmarcada en un contexto mundial globalizado que ha transformado su identidad nacional. Sus orígenes y conformaciones se ven cuestionadas a la luz de los acontecimientos que se originan a nivel orbital. Los Estados-nación, han pasado a ser meras ficciones. Esto por cuanto, las relaciones y estructuras políticas, culturales y sociales que se desarrollan a escala mundial adquieren preeminencia sobre las que se desarrollan a escala nacional. “La sociedad nacional está siendo

recubierta, asimilada o subsumida por la “sociedad global”, señala Octavio Ianni.¹⁰ Económicamente las decisiones financieras tomadas en Wall Street, determinan la vida cotidiana en una pequeña aldea de África o en una gran metrópoli oriental. Parafraseando a Jorge Luís Borges, el aleteo de una mariposa en China provoca tifones en el Caribe.

Y si bien la sociedad nacional conserva su vigencia (por ello resurgen y sobreviven nacionalismos, regionalismos e identidades), simultáneamente se articula contradictoriamente con las configuraciones de la sociedad global, que, poco a poco y, en ocasiones, rápidamente, engulle a la sociedad nacional como Cronos a su hijo en la pictografía de Goya. **A nthony Giddens define la globalización como un proceso social que resulta en “cantidades de personas cada vez más grandes que viven en circunstancias en las cuales instituciones están desarraigadas, que vinculan prácticas locales con relaciones sociales globalizadas que organizan aspectos importantes de la vida cotidiana”**¹¹ .

El Estado nacional, como un mecanismo de defensa en tiempos que anuncian su hecatombe responde adaptándose a los nuevos flujos globales; al mismo tiempo, desplaza a los sectores (des)protegidos a un segundo plano, debilitando los principios de ciudadanía y de participación. Este quiebre en la relación doméstica contribuye a que importantes sectores de la población se opongan a la globalización e identifiquen al Estado como agente de destrucción del orden conocido. Se separa la Nación del Estado y surgen los nacionalismos e indigenismos (catalán, movimientos zapatistas, etc.). La identidad nacional se constituye en principio de recomposición social y aparecen fuertemente las identidades religiosas (Islamismo, Judaísmo, evangelistas, etc.). Sometido a las presiones contradictorias de la globalización y las identidades culturales comunitarias, el Estado – nación soberano y la sociedad civil constituida en torno a él,- entran en un proceso de declive que pareciera irreversible.

Las luchas soterradas de la nación mapuche, acallada bajo el nombre de Chile, resuenan fuertemente ad portas de un Bicentenario de la República enfrentado a esta oleada mundial de pérdida de vigencia de la identidad nacional. ¿Qué pasa con nuestros relatos frente a esta “realidad mundial”? ¿Podemos simplemente volver a consultar nuestras

¹⁰ Véase en: Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*. (Ediciones Siglo XXI, México, 1998): 32

¹¹ Véase en: Anthony Giddens, *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas* (Editorial

Taurus, Madrid, 2005): 48.

fuentes y autores para cambiar sus páginas en blanco y negro por páginas en color?; ¿Es la historia, como disciplina y como práctica científica, un medio aun eficaz para construir identidades?; ¿Se podría a través del mero discurso, como en el caso de Vicuña Mackenna, recuperar el paraíso perdido?

Lo que se pretende encontrar aquí es también un mito de fundación. El mito de fundación que permitió configurar las verdades de origen y destino de la nación chilena por sobre las realidades particulares de las comunidades que quedaron bajo su jurisdicción. La apuesta es que la historia escrita en el siglo XIX por cierto grupo de exponentes, entre ellos Benjamín Vicuña Mackenna, participó en dicha elaboración con un alto grado de (irres) responsabilidad. Y es que vuelven a pesar de todo. Se cuele entre líneas aquello que debió olvidarse y de lo que se guardó ningún registro más que su negación. “Resistencias”, “supervivencias” o retardos perturban discretamente la hermosa ordenación de un “progreso” o de un sistema de interpretación. Son *lapsus* en la sintaxis construida por la ley de un lugar; prefiguran el regreso de lo rechazado, de todo aquello que en un momento dado se ha convertido en impensable para que una nueva identidad pueda ser pensable.”¹² Una nueva demanda exige una re-lectura y una re-escritura. Una nueva indagación.

El propósito de este trabajo es la evidenciación, por medio de un ejemplo, del oficio y el oficiante. El sujeto oficiante es un hombre llamado Benjamín Vicuña Mackenna: el historiador, el intendente, el diputado y el intelectual. Y aunque su vida, biográficamente, opere de contexto y explique finalmente su obra, no es aquí lo central. No se trata de hacer una biografía o contar su historia de vida, sino hablar e invitar a un análisis de su obra, a comentar su oficio –que ejerció de modo tan magistral- y reflexionar sobre “el oficio”, que tiene tanta responsabilidad en la gestación del descalabro actual, por medio del personaje.

Se dará a conocer, a través de este texto, lo que entendemos por Historia, y, por tanto, a qué conjunto de artefactos nos acercamos al ejercer el oficio de historiógrafos según nuestra visión, que de propia tiene la adscripción, pero de elaboración es ajena. No es robo sino referencia; una serie de obras y autores anteriores operarán de molde y guía para este cuadro en expansión. Lo que León denominó el ascenso infinito a la montaña interminable.¹³

Un tiempo, un lugar, unos personajes y unas ideas me ayudarán a dar cuenta de una historia de fabricación técnica. La referencia a los mapuches que hace Vicuña Mackenna servirá de constatación del producto originado por dicha labor. De modo que no se defenderá aquí una imagen tergiversada, ni se hará una denuncia; mas bien, utilizaremos un sujeto –los mapuches- al que la reciente historiografía nacional ha intentado rescatar con nuevas técnicas, lugares, tiempos, personajes e ideas. Lo que se podría denominar una nueva y más “justa” fabricación del sujeto mapuche y su historia. “Historia mapuche significa retomar nuestro pasado”, escribieron Marimán. “Bajo nuestra propia epistemología y construir nuevos conocimientos a partir de nuestra cultura”¹⁴. Este trabajo intentará demostrar que el cambio de ingredientes cambia el pastel y, por tanto, la imagen y la memoria que se tienen de él. “Le cambian el nombre al circo pero traen los mismo payasos”, según reza el adagio popular.

¹² Michel De Certeau, Ob. Cit: 18.

¹³ Comunicación personal del profesor Leonardo León, clase del 12 de Julio de 2006.

¹⁴ Pablo Marimán et al, *¡...Escucha Winka...! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y epílogo sobre el futuro.*

(Ediciones LOM, Santiago, 2006): 9.

La intención analítica de este trabajo consiste en utilizar a Vicuña Mackenna y “los mapuches” como ejemplos de una práctica historiográfica. Por ese medio se pretende diseccionar las partes constituyentes de la historiografía liberal, sus objetivos, sus estatutos de trabajo, sus aspiraciones y sus correspondencias con las necesidades del Estado-nación. Benjamín Vicuña Mackenna es un operario de la historia al decir de Michel De Certeau, y la historia –en tanto disciplina- es concebida como un dispositivo del Estado y la República, o “el Estado republicano”, según los conceptos que se elijan para nombrar al sistema político oligárquico que mantuvo por más de un siglo las ‘riendas del poder’ en Chile. En ese contexto, el historiador emerge como artífice a la vez que creador, dibujante y escultor, nos entrega en sus textos y discursos “un” sujeto mapuche, que será por mucho tiempo “el” sujeto mapuche. Definiendo sus límites y con ello trazando su figura, hará aparecer, sin magias, su imagen.

Para este análisis se emplearán dos de sus textos: “La guerra a muerte”¹⁵ y la “Historia de Santiago”¹⁶, a lo que se sumarán sus intervenciones en el Congreso durante sus años de diputado. El análisis de discurso es la matriz principal de este trabajo. Enmarcados en una idea de la historia como práctica social, idea proveniente del campo de la historia cultural, se debe hacer mención a las preferencias con que nos apropiamos de ciertos planteamientos ajenos para presentar este documento de lectura con cierta autoridad y validez.

Considerando, como ya se ha mencionado, la producción historiográfica de Benjamín Vicuña Mackenna como objeto/sujeto de estudio, se hará una revisión de la historia escrita por la élite durante el siglo XIX con la finalidad de presentar a través de ella una pretensión de clase y época. Para ello, se analizarán dos tipos de textos: los historiográficos y los discurso/arengas políticas. Ambos, por supuesto, referidos a la representación que hizo de los mapuches. Empezar el estudio de su vasta obra es una tarea que supera los límites de esta tesina. Ello, se hará a la luz de los cuestionamientos que nos ha venido planteando hace ya más de treinta años un quiebre en la historiografía y en la filosofía de

la historia. “Se abrieron las ciencias sociales” señala Wallerstein¹⁷. En una conferencia titulada “La escritura de la historia” nos propone: “...discutir cuáles son y cuáles pueden ser, las fronteras y los vínculos entre cuatro distintos tipos de producción del conocimiento: los relatos ficticios, la propaganda, el periodismo y la historia escrita por estas personas que

se llaman historiadores...”¹⁸. Discusión intelectual que va más allá de las humanidades y la Historia, que se da en base a una teoría proveniente de la lingüística y la filosofía que señala que el lenguaje interviene, necesariamente, entre nosotros y la “realidad”. De este modo el historiador estudiaría signos, resignificándolos para construir su relato. El texto historiográfico ya no sólo “contaría lo que realmente sucedió”, -al decir de Leopold Von Ranke- sino que configurará, dada su práctica de selección de datos y significación de hechos históricos y su consiguiente relación de causalidad, una parcialidad de “lo real”. Es lo que Wallerstein denomina el ‘giro lingüístico’, la concepción del texto historiográfico

¹⁵ Benjamín Vicuña Mackenna, *La Guerra a Muerte*. En: Obras Completas. (Publicadas por la Universidad de Chile. Volumen XV. 1868).

¹⁶ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*. En: Obras Completas. (Publicadas por la Universidad de Chile. Volumen X. 1868).

¹⁷ Immanuel Wallerstein (coordinador), *Abrir las Ciencias Sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales*. (Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, 2006).

¹⁸ Immanuel Wallerstein, “La escritura de la Historia” (Revista Contrahistorias. Año 2004. N° 2): 42.

como texto socialmente construido; una entrada a las “rupturas” de lo que antiguamente era una historia en la que sólo se representaban continuidades. En fin, se trata de plantear nuevos cuestionamientos y nuevos temas en la historia tras la caída de los meta-relatos. Cuestionamientos a las nociones de “verdad” “hecho histórico”, “continuidad” “causalidad” “fuente”, “documento”, “archivo”, “texto”, “ciencia” “teoría” “concepto”, “tiempo” “tiempo histórico”, “pasado” etc., tendrán su lugar en la mencionada discusión.

Esta mirada nos permitirá asimilar las tareas y pertinencias que una vez trazaron los límites entre una “disciplina” y otra. Transparentando una función común de constructores de memoria y poseedores de oficialidad discursiva, es decir, estatutos de verdad, intentaremos demostrar su semejanza en tanto que “letras en función de un lugar”. Acompañado de un estudio bibliográfico acerca de la obra de Benjamín Vicuña Mackenna y la generación romántica de historiadores que estuvieron a cargo de la construcción intelectual de la nación chilena, tras la independencia de la Corona española y la era portaliana, se presenta a continuación un texto que combina una “Idea de la Historia” y una investigación historiográfica¹⁹.

Se tomará como premisa que el oficio de historiador tiene ciertos campos de posibilidades determinados por el medio social en el que vivimos y servimos. La historia, como todo producto cultural, responde a una demanda y una necesidad de un espacio y un tiempo dado. Este “lugar” determina lo posible de lo imposible, lo correcto de lo incorrecto. “Toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad. Precisamente en función de este lugar los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan”²⁰. Siendo parte de una reflexión social que se está llevando a cabo, y que permite la existencia de tal o cual debate, la historia opera gracias a un marco social (y otro gremial) que determina dónde está la “verdad”, quién puede construirla y quién puede enunciarla. Al final, no es la noción de verdad en si misma la que se discute, sino la de verdad “científicamente” producida, es decir, la objetividad. Se cuestiona el status hegemónico de esta verdad, su universalidad y su naturalidad.

“La historia queda configurada en todas sus partes por el sistema con que se elabora. Hoy como ayer, está determinada por el hecho de una fabricación localizada en algún punto de dicho sistema”²¹. Como bien ha señalado León, todo historiador es prisionero de su tiempo, de las mentalidades y percepciones de su época. “Tanto el especialista como su entorno social aparecen contaminados no solo por los progresos que registra la disciplina –lo que se denomina el estado de la cuestión’ en el mundo científico- sino también por los estereotipos, arquetipos y prejuicios que han forjado aquellos mismos investigadores y que subyacen como telón de fondo a sus inquietudes científicas. En su conjunto, ambos elementos constituyen el marco sesgado desde el cual se formulan las preguntas y se buscan las respuestas a los problemas historiográficos actuales. Se produce una confluencia que es inevitable. Lo que podríamos denominar la ‘historicidad’ de la narrativa histórica, que se manifiesta ya sea en su modo intelectual o en su función

¹⁹ Parafraseamos a Collingwood refiriéndonos a una filosofía de la historia.

²⁰ Michel de Certeau, *La escritura de la Historia*. (Universidad Iberoamericana. 1993): 69.

²¹ Michel de Certeau, Ob Cit: 81.

social. El historiador, en tanto sujeto sensible y susceptible a la influencia de los discursos y vivencias que constituyen el trasfondo epistemológico de su tiempo, no logra escapar de la sutil red que tejen las categorías y conceptos elaboradas por sus antecesores, pues esas elaboraciones del espíritu de su época- como lo habría denominado Dilthey- son, al mismo tiempo, la montaña sobre la cual se para y el horizonte sobre el cual fija su mirada”.

Siguiendo esta línea de análisis, se propone indagar en la obra de Benjamín Vicuña Mackenna como un representante de su época y de su gremio, si es que acaso puede llamarse así al círculo de intelectuales que dieron vida al ‘liberalismo’ en Chile. Se plantea como hipótesis que existió una tradición historiográfica propia del siglo XIX que obedecería a una demanda social por cierto tipo de textos en pos de la construcción de una identidad nacional; demanda no formulada pero que estuvo presente y que orientó a la disciplina y sus oficiantes como elaboradores de una memoria común, y conveniente²². Escribas no mecanizados, sino que co-inspiradores de la iniciativa por la elaboración de unas historias patria, se abocaron a la tarea de recolección de documentos, construcción de panteones –archivos, bibliotecas y museos- y análisis de una serie de acontecimientos “útiles” para la construcción de dicha memoria. La lectura guiada y la asimilación forzada de tal elaboración historiográfica se plasmarán en la relación causa-efecto que encadena un suceso, o proceso, con otro a través del sistema educacional institucionalizado con la creación de la Universidad de Chile. Un efecto de temporalidad lineal y progresiva, como recurso discursivo, que otorgó al relato la coherencia necesaria y la legitimidad suficiente para su asimilación como verdadero. Se echaron las bases de lo que debía constituir el objeto del historiador estableciendo las fuentes, los lugares sacros para su preservación y la solemnidad de las palabras para asegurar su validez ‘científica’. “Tendría que decirles que entre mis antepasados no tengo coroneles, obispos ni empresarios, comerciantes ni extranjeros, que solo tengo para mostrar un álbum fotográfico, con muchas fotos de palazas y jardines públicos, de botes playeros falsos, de aviones de terciado y de estaciones de trenes que muestran a mis antepasados, migrantes de los años 20s, que viajaron con rumbo a la capital en busca de una mejor vida”²³. Con estas palabras, Leonardo León se disculpaba ante sus lectores por no tener a mano los artefactos que, en el caso de la historiografía liberal dieron lustre a sus obras.

La historiografía chilena, pasando por don Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, Francisco Antonio Encina, Jaime Eyzaguirre, Hernán Ramírez Necochea, Sergio Villalobos, Alfredo Jocelyn-Holt y Gabriel Salazar, no disocia la idea de historia Nacional con la idea de historia Patria. Y con ello quiero decir que, por ejemplo, reconocen el momento de la *revolución* de Independencia de Chile, como el momento en que el Estado se ve conformado por una nación única y universal (algunos agregarán *-izante*) que requiere de la simbolización patria de pertenencia de sus habitantes. Cada uno de ellos enarbola héroes y batallas memorables. Iconos, símbolos e imágenes de lo aceptable e inaceptable configuran la identidad que desean implantar; representaciones deseadas esperadas y moldeadas a conveniencia por quienes ejercen el oficio de historiador. La elaboración literaria de la historia configuraría (a la vez que estaría configurada por), un sentir social; pero, este sentir provendría de un grupo en particular cuyas ansias de poder, y su efectiva posesión del poder, establecerían este relato como verdad hegemónica, determinando de esta manera a los interpelados por él. Esto, al menos en la teoría. Porque hay quienes creen en el paralelismo de proyectos sociales independientes del supuesto centro de elaboración

²² Cristián Gazmuri, *La historiografía chilena, 1842-1920* (Editorial Taurus, Santiago, 2006), Tomo I.

²³ Leonardo León, “Los combates por la historia”, en Sergio Grez y Gabriel Salazar, Editores, *Manifiesto de Historiadores* (LOM, 1999):102.

de significación. Por *proyecto* se entenderá aquí la idea Salazariana de un camino, plan de acción conjunta, que permitirá alcanzar el anhelado cambio social, referente a la transformación ese 'capital social' que es la "acción conjunta" en un discurso público de legitimación y en un sistema político de dominación o de integración nacional de nivel superior"²⁴. Otro orden simbólico dado por otras experiencias de vida y otras demandas sociales, pertenecientes a otros grupos de la población chilena (aquellos marginados) que configurarían identidades y que no responderían al menos en lo esencial a un proyecto modernizador de Nación. Sujetos también históricos que se excluyen o son excluidos y que estiman que el Proyecto nacional es ajeno y contrario a sus intereses, lo que para ellos se convierte en un absurdo.

Jorge Larraín, en su estudio de la configuración de una identidad chilena, o *chilenidad*, a través de la historia, ha concluido con una tipificación de distintas versiones de esa *identidad chilena*. En función de su concepción de una identidad inacabada y en constante reformulación, producida conjuntamente por un polo público y otro privado, establece que "(...) como hay varias versiones públicas de identidad en competencia interpelando los mundos privados, las personas nunca se entregan pasiva e ineluctablemente a una de ellas. La gente mantiene su capacidad de discriminar, aceptar o rechazar estas ofertas de identidad."²⁵

La Historia de las Mentalidades plantea de una forma nueva la relación entre conciencia y pensamiento, pues pone el acento en los esquemas o contenidos del pensamiento que, aunque se enuncien de un modo individual, son en realidad los condicionamientos no conocidos e interiorizados que hacen que un grupo o una sociedad comparta, sin necesidad que sea explícito, un sistema de representaciones y un sistema de valores. Los discursos se manifestarían de manera soterrada, operando como determinantes de una conformación identitaria tal vez inconciente.

Cualquiera sea la opción elegida, debe estar sustentada en una relación con la realidad. Si no la tuviesen no estarían estas ideas en el terreno de lo enunciable. Si carecieran de lógica o sustento, si no pudieran apoyarse y fundamentarse en ciertos hechos o "lecturas de hechos", no se les atribuiría ni una pizca de verdad. Y es este estatuto de verdad, dado por el ejercicio de las técnicas de producción de la investigación historiográfica, el que entrega autoridad a uno u otro historiógrafo/autor/escriba a conformar con su obra una memoria. "El lugar que se le conceda a la técnica coloca a la historia del lado de la literatura o del lado de la ciencia"²⁶, sentencia Michel De Certeau. Para configurar la memoria, se ha debido ser evidentemente técnico, al menos mientras el imperativo de la ciencia positiva permeó las ciencias sociales, llamándolas desde entonces "Ciencias". Se diferenció la ciencia histórica del mito y el testimonio, dándole a éstos estatuto de fuentes históricas, y por tanto sujetas a crítica, en vez de relatos íntegramente verdaderos acerca de la realidad pasada.

En este sentido, la localización de la obra historiográfica permitiría realizar a través de ella un análisis de la sociedad a la que responde y es esto lo que me propongo. "Hacer historia" será entendido como una práctica y, como práctica social, se asume históricamente; también se le asume como un hecho historiable. Precisamente el trabajo sobre un material es lo que la constituye en práctica. Cómo y a través de qué conjunto de preceptos se trabaja sobre los objetos, ya sean físicos, documentos o

²⁴ Gabriel Salazar, "Chile, historia y bajo pueblo. De la irracionalidad y la violencia", en *Historia desde abajo y desde adentro* (Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003):145-158.

²⁵ Jorge Larraín, *Identidad Chilena*. (Ediciones LOM, Santiago, 2001):16.

²⁶ Michel De Certeau, Ob Cit: 82.

monumentos, depende también del lugar y obedece a sus reglas. “(...) cada sociedad piensa “históricamente” con los elementos que le son propios”²⁷. En palabras de Michel Foucault: “el objeto no aguarda en los limbos el orden que va a liberarlo y a permitirle en una visible y gárrula objetividad; no se preexiste a sí mismo, retenido por cualquier obstáculo en los primeros bordes de la luz. Existe en las condiciones positivas de un haz complejo de relaciones.”²⁸

La palabra escrita y oral transcrita de Benjamín Vicuña Mackenna, será estudiada bajo el alero de éstos planteamientos, convirtiéndose así en sujeto/objeto de estudio. Lo que se pretende desarrollar a continuación es un análisis, tan completo como me sea posible, de los recursos y las técnicas del discurso decimonónico de la disciplina, es decir, la retórica, las fuentes, las referencias, los objetos y los sujetos, representados en la obra de Vicuña Mackenna. Con la finalidad de hacer de ello la evidenciación de una práctica política, el ejercicio de un poder.

La figuración de una imagen del mapuche por Vicuña Mackenna –quisiera decir, nuestro personaje-, y las características y consideraciones de dicha imagen, nos hablarán de una necesidad de legitimación política de las prácticas de una elite que operaba ideológicamente pero manifestaba a los cuatro vientos su ‘intención científica’. “La “construcción del Estado” ha sido, muy a menudo, un proceso en que los poderes fácticos han avasallado a la ciudadanía. Lo que implica avasallar la legitimidad, en tanto valor incorporado al sistema de acción constructiva de la sociedad civil e imponer, a posteriori, la obra gruesa consumada, un “sustituto”. Un discurso justificatorio. O una arenga aclaratoria. Una ‘historia oficial’”²⁹.

Una nación homogénea en función de un Estado, debía nacer, y las letras contribuirían a su formación. Para ello había que desacreditar cierto tipo de prácticas y erigir un sentimiento de extrañeza frente al nativo de una patria que no le sería propia, a menos que se convirtiese ideológica y culturalmente al proyecto modernizador de la elite de los Ilustrados: este fue el encargo de la Historia, que se conviertan o que sean excluidos. “¿Cómo los textos, convertidos en objetos impresos, son utilizados (manejados), descifrados, apropiados por aquellos que leen (o los escuchan) a otros que leen? ¿Cómo gracias a la mediación de esta lectura (o de esta escucha), construyen los individuos una representación de ellos mismos, una comprensión de lo social, una interpretación de su relación con el mundo natural y con lo sagrado?”³⁰, se pregunta Roger Chartier. Quisiera adueñarme de las dudas y creo que ya lo hice. Espero que la evidencia, aunque sea conocida, sirva de ejemplo. Pienso, para efectos pedagógicos tal vez.

²⁷ Id.

²⁸ Michel Foucault, *La Arqueología del Saber* (Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002): 73.

²⁹ Gabriel Salazar y Julio Pinto. *Historia Contemporánea de Chile I. Estado legitimidad, ciudadanía*. (Ediciones LOM, Santiago de Chile, 1999):16.

³⁰ Roger Chartier, *El Mundo como Representación* (Editorial Gedisa, Barcelona, 1996) Prólogo: 1.

Capítulo I: El lugar: Proyecto modernizador de la República de Chile

“La República es el sistema que hay que adoptar, pero ¿sabe cómo la entiendo yo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos.”

Diego Portales

1.1. Sobre los artífices de la República

La invención oligárquica de nuestro país tras la independencia se entendió como la instauración de la República. Para tales efectos comenzó la construcción del Estado y la Nación significando una ardua labor para sus dirigentes. En primer lugar, según su proyecto de país, había que lograr la inserción de la economía chilena en la economía mundial, puntualizar los límites del nuestro territorio y definir su componente humano, además de elaborar una normativa jurídica y establecer un aparato burocrático militar. Condiciones que estimaban esenciales para la existencia de un Estado que fuese tomado en serio.

Desde fines del siglo XVIII, se habían importado nuevas ideas provenientes de Europa, traídas por altos personajes del mundo intelectual vinculados al poder, que se vinculaban al Enciclopedismo y al fisiocratismo. Aunque estas ideas parecían refrescar el ambiente nacional con iniciativas de corte progresista respecto de la administración imperial y en relación a la producción y circulación del conocimiento, fueron vistas con cierta reticencia dada la mentalidad de la época, que había sido precisamente determinada por dicho momento histórico.

Una mito reinaba en el ambiente: éramos un país que había sido bendecido por la Providencia de Dios, o por la Naturaleza, según el caso. Sus tierras eran fértiles y extensas, abundaban las materias primas y el esfuerzo personal podría llevarnos al desarrollo de una equilibrada y fuerte economía. “¿Por qué los campos más fértiles y regados están sin cultivos?”, se preguntaba en 1804 Manuel de Salas en su bien conocido *Oficio de la Diputación*.³¹ El problema era nuestra población. Los ‘chilenos’ estaban imposibilitados, por la misma Naturaleza a corresponder a aquellas virtudes de la tierra. “La pobreza extrema, la despoblación asombrosa, los vicios, la prostitución, la ignorancia y todos los males que son efecto necesario del abandono de tres siglos”, proseguía el ilustrado comentarista, “hacen a éste fértil y dilatado país la lúgubre habitación de cuatrocientas mil personas, de las que

³¹ Manuel de Salas, “Oficio de la Diputación del Hospicio al Excmo. Señor don Luis Muñoz de Guzmán, gobernador y capitán general del reino, en que se proponen medidas para arbitrar recursos con qué sostener el establecimiento” (1804), en Sergio Grez, *La cuestión Social en Chile. Ideas, debates y precursores (1804-1902)*, (DIBAM, Santiago, 1995): 46.

los dos tercios carecen de hogar, doctrina y ocupación segura, cuando podrían existir diez millones sobre más de diez mil leguas cuadradas de fácil cultivo”³².

Convivieron algunos años dos proyectos principales provenientes de la elite, el de los padres y el de los hijos: un gran número de jóvenes viajaron a Europa para estudiar e instruirse a la luz de las nuevas ideologías que reinaban el mundo Occidental que encontraba, como hoy, su núcleo en el viejo continente. Alejados de la patria y sus familias e invadidos por una nostalgia de viajero, crearon, de boca en boca y de letra en letra, una imagen estereotipada sobre nuestro país que los hizo recordarlo como inigualable, fecundo y prometedor y, proyectarlo al mundo de la misma manera. Con esta idea en las sienas, volverían a su lugar de origen.

Como veremos más adelante, esta generosidad de palabra se desvanecería una y otra vez a la hora en que se referían a sus habitantes. Desde un principio y en la lejanía, configuraron una idea del ‘chileno’ más bien negativa. Sus costumbres, ritos y tradiciones, fueron repetidamente asociados a vicios que detendrían el progreso del país. Lo que evidentemente obligaban a la clase dirigente, como guardianes de la patria que eran, a remediarlos ya fuera por la razón o el orden.

En una primera etapa, la era portaliana que reinaba a la cabeza del Estado tras 1830 y que sentó las bases de su primera forma administrativa, habría optado por la segunda opción. Mas, los jóvenes educados bajo los paradigmas de la Ilustración se inclinarían por la primera. Era, después de todo, la mayor de las promesas de la nueva corriente de pensamiento. Por medio de la razón individual se accedería a la verdad y al progreso.

En la Constitución de 1823 buena parte de la responsabilidad de sacar adelante al país había recaído en los pobladores comunes y corrientes. Aunque el texto constitucional reconoció que se debía moralizarlos, la nueva institucionalidad era una muestra de confianza en las costumbres del chileno, las cuales -plenamente reglamentadas por la misma Carta Fundamental- contribuirían al engrandecimiento de la patria. “Si la Constitución era exitosa y conseguía transformarse en un código moral que convirtiera las costumbres en virtudes cívicas, Chile podía confiar en los chilenos.”³³ Y agrega renglón seguido: “El temor al chileno del bajo pueblo estuvo presente en el pensamiento de la elite, desde la génesis de la República alentando medidas que demuestran que los proyectos de futuro no podían pasar por alto las debilidades de nuestra población. Ésta fue la razón por la cual los proyectos de la elite fueron tan excluyentes, centrados sólo en sus experiencias e incapaces de conceder historicidad a los grupos subalternos, por los cuales siempre sintieron una mezcla de temor con menosprecio.”

¿Cuáles fueron las principales iniciativas que se llevaron a cabo durante la era portaliana en pos de la construcción del Estado? Como concepto principal, se consideró que la clave del éxito estaba en el ‘orden’, un orden que –según Diego Portales– terminaría imponiéndose casi de un modo natural por el “peso de la noche”, factor clave que explicaría

el éxito de su proyecto político³⁴. Alfredo Jocelyn-Holt ha comentado largamente esta expresión de Portales. Cita una carta en la cual Portales dice que “la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública”. Para Portales “el peso de la noche” era la suma del viejo orden colonial, que se mantuvo casi intacto después de

³² Id: 45.

³³ Jorge Pinto. “Proyectos de elite chilena del Siglo XX”. elaborado en el marco del proyecto CONICYT N° 1020289, dirigido por Carmen Norambuena y del cual el autor fue co-investigador. En Alpha N° 26 y N° 27, sin paginar.

³⁴ Alfredo Jocelyn-Holt., *El peso de la noche*. (Editorial Planeta/Ariel, Santiago 1998): 27 y 148.

Independencia. León, en cambio, plantea que el “peso de la noche” dice más bien relación con la pesada carga de reglamentos y prohibiciones introducidos por la elite oligárquica de la segunda mitad del siglo XVIII dirigidas, precisamente, a contener al sujeto popular³⁵. En términos generales, la elite pensó que el siglo XIX era el siglo del progreso y que correspondía a los gobiernos facilitar su llegada. El progreso, pensaban los grupos más conservadores, requería de libertad; pero, por sobre todas las cosas, de imponer orden sobre las mayoritarias clases populares. Sin orden no habría jamás progreso, lo que se plasmó en la Constitución de 1833. Sergio Villalobos, por su parte, parece alabar la gestión al escribir: “La Constitución, en su primera versión, otorgó al Ejecutivo, con el estado de sitio y las facultades extraordinarias, los medios indispensables para imponer normalidad a despecho de agitaciones y desórdenes. Con su aplicación, quedaba el Ejecutivo revestido

de enorme poder.”³⁶ La pregunta que cabe hacer es obvia: ¿Quiénes componían ese inmenso conglomerado humano que debía ser sometido, controlado, disciplinado? Entre otros grupos sociales, los mapuches y sus descendientes mestizos, que por varios cientos de miles, ocupaban la angosta y larga franja de país.,

El progreso y la inseguridad se excluyen. Sólo la paz hace causa común con el progreso. A juicio de los miembros ilustrados de la elite, ésta era una virtud que en América “post-hispánica” sólo Chile podía exhibir. Allí estaba su singularidad. Por encima de la libertad, su grandeza radicaba en el orden de su dirigencia, que mantuvieron al país al margen de la anarquía y el caudillismo. El título de Director Supremo no fue una simple metáfora; tampoco lo fueron los conceptos de ‘abdicación’, de ‘extrañamiento’ u ‘ostracismo’, cuando se trata de entender los dispositivos que impidieron el desarrollo de las luchas regionales y guerras civiles que afectaron a los países vecinos. “Tenemos autoridad para observar lo que ocurre en el continente —escribía un articulista de *El Ferrocarril*, el 9 de enero 1856— porque mientras la mayoría de las repúblicas de Sudamérica se encuentran abatidas por luchas intestinas, revoluciones, contrarrevoluciones, fusilamientos y proscripciones, en Chile esas cosas no ocurren”. Chile era esa pequeña isla de Constitucionalismo y estabilidad que sorprendió gratamente a los viajeros europeos. “Eso mismo —agregaba otro articulista de *El Ferrocarril* en febrero de 1856— nos ha permitido sobrepasar a esas repúblicas y aproximarnos al nivel de las culturas más avanzadas”.

Todo el cuerpo de intelectuales y políticos que conformaban a la elite chilena apoyaron esta ‘necesidad’ de orden; desde Portales hasta los más vigorosos liberales, quienes además impusieron un principio unitario y centralista que obró inversamente a las necesidades regionales. Mientras la capital recibía y albergaba gran parte de los procesos políticos por los que atravesaba el país, pudiendo insertarse más rápidamente en sus cambios, esto impidió a las regiones hacerlo en igualdad de condiciones. “En ese Estado, los Intendentes, los Gobernadores, los Subdelegados, Inspectores y Alcaldes dependieron exclusivamente del Presidente de la República. La cadena de mando, centrada en el Presidente, anuló toda soberanía comunal”³⁷ Condición necesaria para la formación y real participación de los proyectos sociales de corte regional.

Con respecto a las culturas indígenas que formaban parte del complejo regional, Bernardo Subercaseaux afirma que en el proceso centralista y hegemónico de la

³⁵ Leonardo León, “Real Audiencia y bajo pueblo en Santiago de Chile colonial, 1750-1770”, en Jaime Valenzuela Márquez, (Ed.), *Historias Urbanas. Homenaje a Armando de Ramón* (Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007): 70.

³⁶ Sergio Villalobos et al, *Historia de Chile*. (Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 2006): 531.

³⁷ Gabriel Salazar y Julio Pinto, Ob Cit:35.

producción de identidad, memoria y soberanía, el espacio público habría quedado conformado desde entonces carente de las expresiones culturales de estos grupos. “Puede afirmarse que la cultura indígena (entendiendo por tal desde la lengua, las costumbres y las visiones del mundo hasta sus expresiones artísticas) ha sido un ghetto y su presencia o proyección cultural en la sociedad mayor, vale decir su peso en la identidad nacional, es mas bien débil o casi nulo, y esto abarca desde el plano del lenguaje hasta las formas de vida y manifestaciones artísticas (salvo, es cierto algunas excepciones puntuales y recientes en el plano literario).”³⁸

Por otra parte la elite chilena creía que *su patria* era mejor y más presta al progreso que el resto de los países hispanoamericanos que se encontraban en el mismo proceso de independencia y formación; por eso, se encerró en sí misma dándole la espalda a cualquier propuesta de panamericanismo. Entre ellos, el sueño bolivariano. ¿A qué se debía esto? A la idea anteriormente expuesta de que Chile poseía una riqueza natural que lo proveería de lo necesario para insertarse satisfactoriamente en el libremercado de carácter mundial.

En concordancia con esta misma idea, en el plano económico se insistió en aprovechar las materias primas que ofrecía el territorio. Para efectos de este plan, se solicitó la presencia de intelectuales europeos ilustrados que pudieran realizar estudios acerca de lo que había en el país y sobre cuáles eran las mejores estrategias a seguir. En un principio se pensaba en aprovechar el territorio que se poseía más que en extender las fronteras del país. Se postuló el desarrollo de nuevos cultivos y se pensó que la conjunción de buenas tierras con buenos hombres lograría el tan anhelado progreso.

Estas eran las ideas que precedían a la Generación de los '40 que, como veremos, propuso una nueva alternativa estratégica a este proyecto. El proyecto de este grupo de jóvenes ilustrados se haría sentir fuertemente, no tanto en materia práctica, ya que fueron sistemáticamente perseguidos por sus propuestas y protestas, sino que más bien lograron generar un debate en el ámbito de las letras que transformó la época. Dejarían en el ejercicio de sus disciplinas intelectuales, principalmente en la historia, un legado acorde con sus pretensiones: agregar a la gestación del Estado y su institucionalidad, una nación chilena unitaria y homogénea, dictada por una sola identidad cultural que sería fundamentada en una memoria común constituida desde el centro del poder que ocupaban. “La construcción de las naciones latinoamericanas se dio por lo tanto con una dinámica altamente homogeneizadora y incultural. En gran medida, lo que hicieron los estados nacionales y las elites latinoamericanas fue, en lugar de articular y reconocer las diferencias culturales, subordinarlas al centralismo homogeneizador para desintegrarlas.”³⁹

1.2. Los padres de la República de las Letras chilena: Constructores del relato modernizador

“Nos han hecho conocer las grandes exigencias de nuestra patria y su posición en la escala de la sociabilidad, la naturaleza de nuestro gobierno, y sus imperiosas necesidades, y también el carácter de la misión que estamos llamados a cumplir.

³⁸ Bernardo Subercaseaux, “La construcción de la nación y la cuestión indígena” En: *Nación, Estado y Cultura en América Latina*. (Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Santiago, 2003): 71.

³⁹ .Bernardo Subercaseaux, Ob Cit:69.

Vimos que sin embargo de estar reconocido entre nosotros el principio de la soberanía popular, no es todavía efectivo; que aun cuando la base de nuestro gobierno es la democracia, le falta todavía el apoyo de la ilustración, de las costumbres y de las leyes.

José Victorino Lastarria

Se acercaba la segunda mitad del Siglo XIX y la República instaurada tras la Independencia encontraba sus más visibles, pero no únicos, detractores entre los intelectuales que conformaron la 'Generación del 42'. Un problema con la gestión administrativa que llevaban a cabo los Padres de la Patria, izó las plumas de aquellos que llamaremos "Padres de la República de las letras chilena". Fueron ellos quienes en elocuentes discursos modernistas, relatos positivistas y figuraciones excluyentes, elaboraron el campo de lo imaginable con el que se moldearía el Chile decimonónico.

Durante la década de 1840 entra en la escena pública un grupo de jóvenes semejantes en edad que adherían al liberalismo romántico. Visto como un movimiento social, o meramente literario, el cúmulo de ideas que formularon para el futuro de nuestro país comenzó a convertirse en una voz de alternativa para el orden establecido por la era portaliana y la Constitución de 1833. Fuertemente marcados por la influencia de sus viajes y estudios en el extranjero, los hijos de la aristocracia que gobernaba Chile entre los años 20 hasta su contemporaneidad, importó desde Europa y principalmente desde Francia, las ideas de la Ilustración y el Positivismo. Un hálito de democratización y el énfasis en la libertad como portadora del progreso se combinaban con la euforia de lo que parecía ser el planteamiento de una nueva República para un Estado que aún se consideraba en etapa de formación.

José Victorino Lastarria, Salvador Sanfuentes Torres, Marcial González Ibaeta, Ambrosio Montt, Francisco de Paula Matta, Santiago Arcos, Álvaro Cobarrubias, Juan Napomuceno Espejo, Francisco María, Juan Bello, Diego Barros Arana, Eusebio Lillo, Manuel Antonio Matta, Ignacio Zenteno Gana, Guillermo Blest Gana, Ángel Custodio Gallo y Benjamín Vicuña Mackenna tendrían en común una historia y una formación filosófica que los haría identificarse entre sí como pares a la cabeza de una propuesta.

A la luz de las prédicas de la Ilustración y la Revolución Francesa que proclamaban una mayor igualdad y fraternidad para los pueblos en búsqueda de la onda democrática que estaba en boga, los intelectuales románticos, principalmente Francisco Bilbao y Santiago Arcos, buscaron terminar con la dedicación de la historia a la vida de los santos según usanza: estaban interesados en la construcción de una identidad cultural nacional. Aun manteniendo, ellos mismos, resabios de su pasado y el de sus padres, pensaban en un Estado y una nación unitaria y homogénea, pero con la diferencia de que creían que para la anexión de la población chilena no bastaba con la dominación dada por un aparato burocrático- militar, sino que hacía falta la construcción de una cultura común que obrase de amalgama simbólica. "Los historiadores hispanoamericanos del Siglo XIX recogieron la tradición intelectual de un lenguaje cuyo radicalismo postulaba una ruptura absoluta con el pasado colonial. La opacidad y el espesor del período colonial sólo servía para contrastar la luminosidad de los propósitos que iban a edificar una realidad enteramente nueva."⁴⁰

El ideario de lo que después llamarían "Generación de 1842" planteaba un divorcio con el pasado. Invitaba a terminar con todo resabio de la administración colonial, rechazar lo proveniente de España, abandonar la explicación por Dios y cuestionar la unión entre la

⁴⁰ Germán Colmenares, *Convenciones contra la cultura*. (Ediciones DIBAM, Santiago, 2006):19.

Iglesia y el Estado. Sumado a esto, un marcado acento de la educación entendida como instrucción y moralización, se consideraba como herramienta necesaria para el desarrollo de la población del país, en la que se desconfiaba plenamente debido a sus costumbres 'naturales', evidentemente 'viciosas e incivilizadas'.

Los habitantes de Hispanoamérica en general, fueron considerados hijos de una mezcla poco afortunada entre la máxima expresión de lo bárbaro, como eran las razas indígenas, y la cultura más retrasada de Europa, la española. Y si bien imitaban la consigna del "Orden y Progreso" que permitió a Europa salir de la revolución social, este 'orden' no era el mismo concepto que había inspirado a Diego Portales y Mariano Egaña para la elaboración de la Constitución moralista. La Constitución de 1833 había destacado que existía una confianza de parte del gobierno para con los habitantes del nuevo territorio chileno. Pero, se había pretendido su anexión y obediencia por el mero establecimiento de una ley general.

El proyecto modernizador de la Generación del 42, en cambio, contemplaba **cuatro grupos principales de "complejos institucionales de modernidad"**, que forman la base del proceso. Estos fueron el poder administrativo, el militar, el capitalismo y el industrialismo. También incorporaba como parte de su ideario la necesidad y la urgencia de constituir una identidad chilena que se sintiese realmente perteneciente a "Chile". En cierta forma el debate no afronta ideas sino estrategias de una misma idea. Las ideas positivistas estaban al servicio de la fundamentación de una autonomía cultural aun débil en el plano intelectual frente a la tradición de la cultura española que dejó como estela la dominación colonial y la iglesia. Comienzan a manifestarse a través de periódicos culturales: era necesario encontrar una fórmula administrativa posrevolucionaria que asegurara la prosperidad de la república y su estabilidad política. La premura era encontrar una fórmula que les permitiese terminar con la Revolución para que se instaurara una paz pública de cara a la industria, el comercio y el bienestar económico.

Distanciados de una idea de administración plenamente aristocrática, impulsaban el ascenso de una capa letrada e ilustrada de prohombres que, teniendo conocimiento de las nuevas teorías acerca de la conformación de los Estados, harían de este país un país libre y prominente, enfrentado a su futuro. La tiranía con que había obrado el autoritarismo impuesto por los fuertes y poderosos gobiernos centralistas y basados en la categoría del "orden" representaba estadios no superados de retraso. El choque impensado, en el seno de la oligarquía, de conservadores y liberales o, como se decía políticamente, 'pelucones' y 'pipiolos'.

La razón de Estado que habría inspirado a la primera generación requería comenzar por consolidar su fuerza, su poder y asegurar el buen funcionamiento de sus instituciones. La administración eficaz y el orden dado por el conocimiento y la aplicación de disposiciones legales, institucionalizadas, en todo el territorio y sus habitantes, eran sus prioridades. La educación quedaba relegada al plano del servicio de estas labores, instruyendo a la población se la acercaba a las leyes y por tanto al orden.

Sin, embargo, para los intelectuales románticos, la educación representaba la oportunidad de mejorar las conciencias, y con ello las costumbres, de los habitantes. Por ello, a pesar de que el progreso era entendido como la ampliación de los derechos civiles, evidentemente, la democratización deseada no alcanzaba, ni siquiera en el planteamiento, dimensiones sociales a gran escala. Se trataba de eliminar a la clase dirigente conservadora -vinculada a la terratenencia- que hasta entonces había manejado el Estado, para que ascendieran los reformistas-vinculados al comercio, a la banca y a la incipiente industria nacional-, que en su tiempo se vistieron de revolucionarios. Las capas inferiores no

alcanzarían aun la capacidad de decisión sobre sus destinos (al menos en lo que al plano público respecta). El romanticismo alemán, que había abogado por la recuperación identitaria más vernácula, apareció en Chile con un sesgo más adecuado: se eliminó al pueblo del guión revolucionario. Los mapuches, que podrían haber sido levantados como emblemas de las raíces patrias –al modo que se hizo en los primeros años de la Independencia- fueron relegados a un mundo perdido en el pasado o, en referencia a los mapuches contemporáneos, fueron vistos como un obstáculo para la fundación del anhelado ‘proyecto Nacional’.

1.3. Historiografía decimonónica en Chile: Escribas, escribanos y escribientes

“El Estado fue esencialmente creación de un sector de la sociedad chilena (llámese grupos dirigentes, elite o clase dominante) que necesitó, una vez concluida la independencia, un instrumento de poder para sacar adelante sus proyectos. Sobre la base de esos proyectos se iniciaría también el proceso de construcción de la nación, debiendo incorporar o desechar diversos elementos de un pasado que arrastraba la nación cultural, de la cual emerge la nación que construimos en el siglo XIX.”

Jorge Pinto Rodríguez

Escriba es aquel sujeto que interpretaba las leyes hebreas; escribano es quien, durante el período colonial, por oficio público estaba autorizado para dar fe de las escrituras y demás actos que pasaban antes la ley; escribiente es ese que escribe a la mano lo que el otro le dicta, y el que copia lo que otro ha escrito. Junto con la reforma estatal que planteó la Generación del '42, los intelectuales patricios plantearon la elaboración de una historiografía al servicio de ella, es decir, en función de la formación de una burocracia letrada e identificada con la nación, y la formación misma de ella como entidad culturalmente cohesionada. Fue el momento en que se transformaron en escribas, escribanos y escribientes. “En este proceso, la historia representa un papel fundamental, aunque no la historia real, sino el mito o la fantasía de quienes intervienen en el proceso de construcción de la nación política (...) la historia es ampliamente manipulada por el Estado en su esfuerzo por crearla.”⁴¹

La historiografía decimonónica chilena se desplegó en el desempeño de una función reproductora del sistema que le encargaron las clases dominantes. Se vinculó desde muy temprano con el Estado oligárquico del siglo XIX y contribuyó a construir una memoria que, como todas las memorias, fue parcial, sesgada e (mal) intencionada. De mano de la elite y de sus aliados se preocupó de sentar las bases de lo que hoy constituye una débil y artificial identidad nacional, en la medida en que excluye una memoria gestada desde la gran mayoría de la población.

Por de otra parte, a través del régimen educacional, que utilizó su producción escritural como verdaderas biblias, la historiografía se convirtió en uno de los dispositivos de control social introducidos por el Estado para ejercer un memoria hegemónica sobre las demás clases sociales, y con ello asegurar su poderío. “En una palabra, la historiografía tradicional

⁴¹ Pinto Rodríguez, Ob Cit:92.

jugó un papel infausto en la construcción de la memoria social y fue nefasta para el desarrollo del oficio y de la disciplina histórica en Chile”⁴².

Con pretensiones de liberal y de positivista –calificativos errados ya que a pesar de sus deseos de objetividad y verdad, se trató más bien de una historiografía como cualquier otra que no escapa a las subjetividades de toda creación cultural, es decir a un contexto de producción- esta historiografía fue gestando un imaginario colectivo en el que primaron los estereotipos y los prejuicios racistas. Sentada en los recursos estilísticos de la sobriedad, el trabajo esmerado, el sentido del ahorro y la modestia, se gestaron y dieron a luz en los escritorios de estos historiadores a los mal entretenidos, a los vagos, a los ladrones consuetudinarios y a los pillos de poca monta sin ninguna trascendencia histórica. Estereotipos que, de modo masivo, se dejaron caer sobre los sujetos populares y que, por sobre todo, se aplicaron a los mapuches.

Manuel de Salas y Juan Egaña se desempeñaron como los primeros profesores de la disciplina que gestó a la generación de intelectuales chilenos que tomará parte tanto en la gestión y administración del Estado como en la vida intelectual y política cultural en el período de 1844 a 1872. Junto con ellos, se destacan los profesores extranjeros Andrés Bello y José Joaquín de Mora y sus discípulos que crecieron para ser maestros también: Lastarria, Amunátegui, Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, quienes además reciben influencias de Claudio Gay, Courcel Seneuil y Domingo Sarmiento. “La historiografía narrativa chilena del Siglo XIX comienza oficial y efectivamente en 1844 y tiene por objetivo principal dar a conocer la historia nacional reciente y contemporánea, lo

que equivale a decir la Independencia de Chile y la formación del Estado republicano”⁴³ Señala Luis Mizón en su estudio sobre la participación de Claudio Gay en la formación de la identidad cultural chilena. Y sigue “El contenido de esta historia aparece desde el comienzo marcado por una voluntad política de hacer la historia de un período y de un acontecimiento cuyas consecuencias se vivirán a lo largo del Siglo XIX.”⁴⁴

Era necesario justificar este acontecimiento y demostrarles a los habitantes que habían caído bajo su jurisdicción y a los países del resto del mundo que Chile era realmente independiente y formaba un Estado propio, estable y prometedor. En las historias se establecían las fronteras y límites territoriales del país y se demostraba el avance de la economía nacional en un contexto mundial; la historia parecía escribirse, aunque por autores distintos, en concordancia con esta labor asignada, tomando así la apariencia de un

relato unificado, “de acuerdo a un plan general y una cronología”⁴⁵. “Prácticamente desde la Independencia hasta Francisco Antonio Encina, la historiografía chilena se presenta como una totalidad coherente, como una filiación que se declina del progresismo del Siglo XVIII

hacia el positivismo.”⁴⁶ Opina Mizón y en la misma tónica Germán Colmenares ha llamado a esta homogeneización del relato historiográfico en cuanto a sus temas, cronologías, disposiciones, recursos discursivos y sujetos como ‘Convenciones’ que, para el caso de

⁴² Leonardo León, “Historia y representación: Tomás Guevara y sus estudios sobre los mapuches del *gulu mapu*”, *Revista de Historia Indígena* 10 (Universidad de Chile, Santiago, 2007): 47-61.

⁴³ Luis Mizón., *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. (Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 2001):92.

⁴⁴ Id.

⁴⁵ Id.

⁴⁶ Luis Mizón. Ob Cit: 104.

los historiadores de Hispanoamérica decimonónica, estarían ‘contra la cultura’. Esto quiere decir que existiría un gremio, a su parecer no lo suficientemente bien articulado ni ordenado, que determinaría cómo y de qué forma se escribe y establece la historia nacional. Llamará “Historias patrias” a las producciones historiográficas queriendo proponer en su concepto la invención de una historia particularmente chilena, en detrimento de lo que la historiografía a nivel mundial proponía como Filosofías de la Historia.

Esta historiografía ‘chilena’ (para la pertinencia de este texto), estaría por tanto enmarcada en un proceso hispanoamericano de independencia política, pero también cultural. En función de ello y según los proyectos de una elite particular que se había hecho del poder, se utilizó a la disciplina histórica como relato elaborador de un discurso que permitiese la legitimación de sus prácticas políticas por sobre las diferencias que la mayoría de la población pudiese tener con dicho proyecto. El discurso de la historia sirvió de relato fundante, mito de origen y explicación del ser de una nueva nación chilena que pretendía nacer. Esto suponía una separación con los significantes del pasado.

Para sentenciar el pasado al olvido, se le figuró “terso, despojado de los problemas implícitos de las obras seminales, aparecía truncado y presentado en la forma de un texto

homogéneo, en el que no se revelaban sus condiciones de producción”⁴⁷. Entre las estrategias más recurrentes de la elite dirigente encontramos un combate contra la Iglesia que otorgaba una imagen revolucionaria, renovadora y moderna a los gobiernos positivistas altamente autoritarios. Precisamente este autoritarismo de origen regalista y galicano que profesaban los dirigentes, era una de las armas más poderosas del conocimiento histórico que buscaban conformar los intelectuales románticos y, por lo tanto, representaba uno de los ‘objetos’ más mencionados por la crítica interna: “(...) se observaba en ello, la oposición a la modernidad deseada.” Reitera Mizón para recalcar la iniciativa romántica.

Se escribieron, por tanto, largas páginas dedicadas a la supresión de los poderes que tenía la iglesia en la República, sentando las bases de la separación de ella con el Estado, lo que se sumaba a la iniciativa ya tomada de la separación de los poderes. Principio ilustrado de cómo debía gobernarse un Estado. También es importante destacar que las personalidades que nos convocan eran la segunda generación de la elite que gobernaba Chile y que, por tanto, eran familiares directos de aquellos a los que acusaban de ineptos, atrasados y vetustos. Además de la implicancia emocional del hecho, es esta misma relación cercana lo que los hace ineludiblemente afines a muchas de sus ideas. Podríamos decir que la mentalidad de los jóvenes no escapaba mucho de la de los ‘viejos’, excepto por el método, cosa no menor cuando se trata de política y de Historia. Lo que se busca es un cambio de costumbres, para consiguientemente cambiar la tradición chilena que era, bajo el supuesto ilustrado, herencia de un mundo en sombras, tanto por su pasado tribal como por la desgracia de haber sido conquistados en la etapa más alejada de la razón en la historia europea: el antiguo régimen. Después de todo, qué es la Ilustración, sino la lucha de la ideología y la cultura de la burguesía contra el absolutismo y la nobleza.

Los liberales románticos, tal como le habían enseñado sus maestros franceses y europeos en general, se disponían a implantar en su patria, una vez retornados, el mismo principio de rebeldía frente al orden establecido. Por medio de la construcción del conocimiento a través de la razón pura e individual, en detrimento de lo sobrenatural (entiéndase religioso y léase en tono caballeresco) y lo tradicional, las respuestas se buscaron en la ciencia y por tanto en la objetividad. Esto llevó a un debate en el plano historiográfico entre Bello y Lastarria -en 1844- en el contexto de la defensa de la primera

⁴⁷ Germán Colmenares, Ob Cit: 21.

Memoria de la Universidad de Chile que, encargada a Lastarria, trataba sobre la influencia social de la Conquista. Las preguntas que se formularon y la polémica que siguió giraban en relación directa a los problemas fundamentales de la disciplina. ¿Cómo se construiría la obra histórica? La trama temporal estaba consensuada, pero ¿Qué nivel de participación tendría el historiador en la presentación literaria de la historia? ¿Debía ser un mero narrador sin presencia o usaría el papel de crítico social?

Andrés Bello y José Victorino Lastarria representaron dos tendencias antagónicas conocidas como ‘los filósofos’ y ‘los narradores’. Los primeros abogarán por un historiador que desde el presente juzgará al pasado, mientras para ‘los narradores’ sólo cabía narrar los hechos y no establecer ningún tipo de opinión, ya que el devenir estaría determinado por la Providencia o porque la época a la que pertenecen los justifica. Los hechos, en última instancia, estaban justificados por su pasado y por su contexto.

La discusión en torno a la escritura de la Historia contemplaba la revisión de las distintas propuestas venidas desde Europa y se decide (el gremio “presidido” por Diego Barros Arana) que la disciplina debe prestar un servicio al Estado republicano, elaborando una fuente de conocimiento y formación para su ‘equipo’ burocrático. Se le encargarán los fundamentos de las “Ciencias sociales” y el Estado o la razón de Estado, tomará de ellos los que les parezcan más adecuados para dicha tarea.

El positivismo aparece entonces como la respuesta más apta y completa para llevar el son de los procesos políticos que se vivían en el país. Se necesitaba formar funcionarios leales e impregnados de un ‘espíritu’ nacional: se crea así una historia carente de críticas que se limita a narrar el pasado como una continuidad temporal del presente. Encadenando un proceso con otro, se fue generando de esta forma la idea de que el Estado republicano era el paso natural a dar. ¡Bendito sea Chile de haberlo dado!, habrá pensado algún distraído lector.

En función de ello se escogía a la Independencia como ‘hito fundante’ del Estado y la nación. Queriendo evitar la intromisión de las viejas prácticas del pasado colonial y propiamente americano y truncando el reconocimiento de una ‘cultura’ que se generó en Chile después de tres siglos de ‘convivencias’ (he aquí nuestro propio hito fundante), la historia de Chile quedaba como un mero artefacto de la élite. Los dueños del país se habían también apropiado de su memoria, arrogándose todo protagonismo y negando los procesos culturales del gran porcentaje de la población chilena como constituyentes de una identidad nacional. “En vez de incorporar la cultura a la política, la historiografía del siglo XIX se contentaba con operar la unificación o la compresión del campo histórico en el momento elegido como el origen. La gesta, el momento único de la virtud heroica, sustituía el resto del pasado”⁴⁸.

Pareciera haber aquí una contradicción vital que no es tal; no dejemos que el ir y venir de las palabras nos confunda. Se clausura el pasado declarando la historia colonial como anterior y externa a la historia nacional, pero al mismo se declara que es el período que antecede y explica el presente. Se cierra y olvida pero también se utiliza. De esta manera se encadena un período con el otro a modo de oposición pero también de causalidad. Se estudia la historia colonial para conformarla como contraste incuestionable de la era republicana; el ‘absolutismo regalista’, el ‘monopolio comercial’, las ‘operaciones de la Inquisición’ en fin, la ausencia de derechos políticos que se atribuye al período colonial, se definen también en función de los intereses de la elite.

⁴⁸ Germán Colmenares. Ob Cit: 32.

Tal vez es por esto es más de un especialista moderno ha manifestado su profunda decepción frente al relato histórico liberal. “Algunos ven en ella una representación nacional recortada, pues constituía exclusivamente la expresión de los puntos de vista de una elite restringida.”⁴⁹ Y son capaces de decir, no sin alguna razón que los historiadores: “(...) habrían abogado por la ideología política de un grupo, cuando no exhibían justificaciones más mezquinas, de tipo familiar o personal.”⁵⁰ . Era y es, sin lugar a dudas, una historia conveniente, un relato al servicio del proyecto aristocrático que, desde el mundo del saber, continuaba consolidando las hegemonías impuestas en otras áreas del quehacer nacional. Nos interesa por tanto indagar, principalmente, cómo y con qué recursos se realizó tal ‘hazaña’, qué principios disciplinarios lo sustentaron y, por sobre todo, quiénes lo hicieron.

“¿En qué rincón del trabajo intelectual de los historiadores liberales se procrearon los mapuches “bárbaros, salvajes, borrachos y flojos”?; ¿Quiénes acuñaron esa frase tan famosa que opone en un binarismo excluyente la “Civilización” a la “Barbarie”?; ¿Quiénes fueron los ‘científicos’ que acusaron a los mapuches de ‘representar’ lo peor del ‘alma nacional’, y que acumularon sobre ellos todos los vicios, las turbiedades y las fatales características, para omitir e ignorar el kimun y el admapu?⁵¹” Se pregunta pertinentemente Leonardo León, quien cuenta con la pasión que necesita el hombre para escribir lo que piensa y siente sin la necesidad de ocultarse tras sus datos y elecciones. No escapa ni escapamos, ciertamente, a la elaboración de nuestras propias imágenes por medio de nuestra escritura. La selección y el corte de nuestras fuentes e intereses, nos hacen buscar en el universo de la memoria también recortada (como si fuera una selección (no azarosa) de momentos fotografiados de lo que era ‘originalmente’ un film), las verdades que se ajustan a la idea. Por ello parecerá que hemos inventado a nuestro propio enemigo, ‘El’ liberal romántico ilustrado, tal como ‘El’ mapuche, en una entidad monolítica que no permite análisis particular sino que se esmera por (re)conocerlo y (re)presentarlo en abierta oposición a ‘nuestra verdad’. Más noble me parece quien lo evidencia.

El lugar de producción de nuestro personaje (no perdamos de vista a Benjamín Vicuña Mackenna) ha quedado determinado en las páginas precedentes, ahora nos disponemos a exponer el ejemplo ilustrativo. En palabras de Michel De Certeau la respuesta que sigue a continuación es la que denuncia a la pregunta del “por medio de qué operación historiográfica se implantaron sobre los mapuches los perfiles negativos con que fueron reconocidos por la sociedad ‘chilena’ durante el siglo XX”⁵².

⁴⁹ Colmenares, Ob Cit: 16.

⁵⁰ Id.

⁵¹ León, “Historia y Representación...”: 50.

⁵² Leonardo León, “Ngulan Mapu: (Araucanía) La ‘Pacificación’ y su relato historiográfico, 1900-1973”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* XI, 2 (Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2007): 137-170.

Capítulo II. El relato: La validez de la verdad

Ese poder de la imaginación le ha servido a Vicuña Mackenna para dar relieve a sus más soberbias concepciones. La ha puesto al servicio de la historia, y, al evocarla, nos ha alumbrado con mágica luz nuestro pasado. La ha puesto al servicio del diario en que defendía sus principios, y el diarista que entregaba a los tórculos, con vertiginosa rapidez sus larguísimos artículos, ha sabido mover y entusiasmar a la opinión pública. La ha puesto al servicio de sus anhelos de estadista, de reformador, de político, de orador, y el hombre de combate ha podido por ella imponerse en el tropel de las muchedumbres y conducirlas por su ideal.

Guillermo Feliú Cruz

2.1. Benjamín Vicuña Mackenna: Historiador, Diputado, Intendente e Intelectual

La Historia de nuestro siglo ha dedicado sus líneas a la construcción de “sujetos-grupos”, como respondiendo a un llamado por el relato de y por las mayorías. En desmedro del personaje que, heroificado o no, ocupó antes un sitio elevado, parecen estar de moda las organizaciones, las sociedades, los colectivos. Por ello, si ha de permitirse el protagonismo de un sólo hombre (y no mujer), será para otorgarle un estatuto de representante de una época, un sentir, un creer, un saber: una mentalidad. Entiendo las mentalidades como las formas de pensamiento, aquellas herramientas conceptuales que permiten a un grupo significar su mundo. Al decir de Jacques Le Goff, la mentalidad de un individuo histórico, siquiera fuese la de un gran hombre, es justamente lo que tiene en común con otros hombres de su tiempo. Aceptar tal proposición supone por un lado, dejar atrás la convicción de una racionalidad intemporal demasíadas veces definidas de manera etnocéntrica, y por otro lado, abandonar la atribución de una excesiva libertad a iniciativas individuales. Si seguimos a Roger Chartier, los contenidos del pensamiento (aunque se enuncien de un modo individual) “son en realidad los condicionamientos no conocidos e interiorizados que hacen que un grupo o una sociedad comparta, sin necesidad que sea explícito, un sistema de representaciones y un sistema de valores.” Estas nociones pueden aplicarse íntegras a la obra de Vicuña Mackenna. “Sus obras señalan siempre un momento de su existencia, un estado de alma, por decirlo así. Siguiéndolas, encontramos el proceso psicológico por el que el autor ha debido pasar. Forman el nexo que nos explica su biografía. Leyendo ahora sus libros, interpretándolos a una distancia de más de medio siglo con el espíritu desengañado y escéptico de nuestra generación, extraemos el más precioso material para

reconstruir la historia de su espíritu.”⁵³ De modo que su contexto socio-político, su ciudad,

⁵³ Guillermo Feliú Cruz, *Las obras de Vicuña Mackenna. Estudio bibliográfico precedido de un panorama de la labor literaria del escritor*. (Prensas de la Universidad de Chile, Santiago 1932):20.

su país, su historia, su familia y su clase social, sus maestros, sus aliados y compañeros, sus enemigos, sus libros leídos y referenciados, sus viajes y el reino de su tiempo operarán aquí de “lugar” para el análisis de su producción discursiva.

Se comparta o no esta percepción, Benjamín Vicuña Mackenna es considerado uno de los más grandes historiadores de nuestro país. Autor de los más variados temas historiales, es un evidente exponente del intelectual romántico que caracterizaba a los pensadores latinoamericanos del Siglo XIX. Multifacético, fue el prototipo del prohombre conocedor y capaz de desempeñarse en diversas áreas. Áreas que, podríamos decir, confluyen a demostrar su capacidad oratoria y escritural. No es mi intención escribir una alabanza de él, sólo me hago tan fiel como él lo pretendía, a exponer la imagen que se observa de él en los escritos de sus colegas.

Como todo personaje público, Vicuña Mackenna ha estado sujeto a críticas y juicios, provenientes del mundo académico, político y popular. Toda vez que un hombre o mujer se convierte en sujeto de una historia, pierde propiedad de sí para transformarse en material dispuesto y expuesto a la mirada pública. Su quehacer y su labor, plasmados tanto en sus propuestas e ideas como en su actuar, se tornan fuente de polémica, casi inevitablemente. Nuestro interés por el personaje es la potencialidad que tiene para medir y evaluar un debate o unos debates acerca de cómo se escribía la historia durante el Siglo XIX. Mediante sus obras y las reacciones que éstas causan en su presente y el nuestro, se puede establecer cuál es la demanda social de enunciación y configuración de un relato.

Nacido en 1831 en familia aristocrática de primer orden, realizó estudios en el Instituto Nacional y en la Universidad de Chile, donde se graduó de abogado en 1857. Tuvo una agitada vida política en la que se destacaba por su audacia de palabra y crítica. Perteneció y fue secretario de la Sociedad de la Igualdad fundada por Santiago Arcos y Francisco Bilbao. “El literato a quien se nombra en el párrafo transcrito provenía por línea paterna de familias navarras y vascongadas, cuyos vástagos tenían grandes casas en la capital de Chile, desde hacia más de un siglo. Por línea materna, era descendiente de un militar irlandés que había tomado activa participación en los primeros combates de la guerra de nuestra independencia. En el carácter de Vicuña Mackenna dominaban los rasgos esenciales de este último abuelo: corazón ardiente e impetuoso, fácil de conquistar por rápidos entusiasmos: exuberante fantasía, que a menudo le apartaba de la vida real; i gran facilidad de pluma i palabra. Nuestro compatriota presentaba un caso típico de transmisión hereditaria; pues poseía íntimamente las cualidades propias del abuelo irlandés.”⁵⁴

Participó en la Guerra Civil de 1851, del lado de la causa liberal, intentando llevar al poder a este sector, objetivo que no se consiguió, pero que le significó el destierro a Europa en dos ocasiones (1851 y 1858). Volvió a Chile en 1863, fue elegido diputado y después de varias misiones oficiales en Perú, Estados Unidos y Europa regresó nuevamente a Chile. Nombrado en 1871 Intendente de Santiago, realizó importantes avances en obras públicas, entre las cuales se cuenta la transformación del cerro Huelén en un paseo público: el Cerro Santa Lucía. Posteriormente, fue elegido diputado, candidato presidencial y senador.

Evidentemente, Vicuña Mackenna perteneció a la “Generación de 1842”, antes descrita. Por lo mismo, veremos en él los signos de una historia positivista, centrada en los hechos y fuertemente reafirmada en la comprobación de sus datos. “(...) sería una avanzada presunción, casi una petulancia, escribir un libro histórico sin apuntar prolijamente cada uno de los orígenes y comprobaciones de los hechos que en él se mencionan, de

⁵⁴ Domingo Amunátegui Solar, *Historia de Chile. Las letras chilenas* (Universidad de Chile, Santiago, 1925):115.

los caracteres que se recuerdan , de las pasadas acciones que se alaban o vituperan, las imposturas, en fin (...)”⁵⁵ Así declara en el prólogo a su *Historia de Santiago*.

Según la dinámica aceptada por la historiografía nacional de la época, aunque con notables intervenciones críticas, el autor tiene la idea de que su obra es fiel a la verdad y que no está haciendo propiamente historia, sino recopilando datos inéditos que posteriormente servirán a los historiadores para construirla. En sus propias palabras: “(...) mantendremos la misma forma de redacción, esclareciendo y comprobando el texto con numerosas notas, porque, ahora como antes, insistimos en nuestra arraigada y antigua creencia de que nosotros no estamos escribiendo todavía la verdadera historia nacional sino acopiando los materiales de ella para el juicio y la labor posterior.”⁵⁶

Anulando su personalidad a la hora de comenzar su escrito, como queriendo deshacerse de si mismo para no contaminar el texto, Vicuña Mackenna agrega: “Con estas breves explicaciones (que son las citas y referencias a pie de página)⁵⁷ , lo esperamos, se hará mas comprensible el carácter puramente complementario de esta memoria y por consiguiente sus modestísimas pretensiones, si alguna tiene”. Necesario es además recalcar el énfasis que pone en parecer humilde él mismo y su obra, como se puede observar en la cita anterior. Aunque en su introducción se presenta a si mismo y plasma su firma como finalización de ella, en el cuerpo mismo del texto desaparece haciéndose invisible para dejar fluir a ‘las fuerzas de la historia’ a través de su cuerpo y pluma. Cuando siquiera (la menor de las veces) se presenta un hablante en el texto, se desvanece el yo y aparece el nosotros, como si el creador fuese un colectivo”. Es lo que la semiología ha llamado un “verosímil enunciativo”. Recurso escritural que valida al hablante en cuanto a su producción de verdad ya que representaría a una Institución de saber y con ello un conjunto de métodos y técnicas que velan por ella, en vez de sólo sí mismo. “Los historiadores del siglo XIX trabajaban con la convicción de que una biografía o un trabajo monográfico constituían apenas las piedras aisladas de un gran edificio futuro. Esta imagen subentendía la confianza en que una narrativa detallada, completa, desplegaría la significación global de la historia.”

Pero por otra parte, el mismo Colmenares señala que “la tarea se reservaba en el siglo XIX no al historiador a secas, que estaba encargado de la labor ingrata y un poco menial de acopiar materiales, sino al historiador filósofo. Éste era el encargado de encontrar la ubicación exacta de los materiales, asignando el valor de cada uno o rechazándolos si eran adecuados a su propósito, de establecer nexos entre ellos y su cronología (...)”, denunciando que esto “(...) debía poner en evidencia no sólo una mera sucesión temporal, sino también una interpretación. Era una labor de elección refinada en que unos hechos se promovían al rango de causas y otros se desechaban.”. A mi parecer, con ello quiere decir que se rehusaba a admitir esta segunda labor de intérpretes, negando su participación en la historia por deshacerse también de sus subjetividades, que no estaban permitidas según las convenciones.

Roland Barthes ha escrito largamente sobre los recursos literarios y/o escriturales de la práctica historiográfica. Denuncia que en su pretensión de transformar lo subjetivo en

⁵⁵ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*. En: Obras Completas. (Publicadas por la Universidad de Chile. Volumen X. Santiago, 1868):19.

⁵⁶ Benjamín Vicuña Mackenna, *La Guerra a Muerte*. En: Obras Completas. (Publicadas por la Universidad de Chile. Volumen XV. Santiago, 1868):15.

⁵⁷ El paréntesis es nuestro.

objetivo, es decir, de ocultar el corte y selección que ha hecho el autor de la ‘realidad’ que obtiene de un corte previo hecho por quienes guardan los registros de la memoria (archivos, museos, bibliotecas), éste recurre a técnicas como ocultar su individualidad (subjetiva) reconociéndose en tercera persona y no en primera, aceptar su relato como meramente descriptivo, y/o encadenarlo temporalmente como si necesariamente un proceso fuera causa del anterior, otorgando así una linealidad aditiva que nos parece ‘natural’ dada la estructuración social occidental del tiempo. Más importante para efectos de ‘nuestro’ trabajo es la consideración de Barthes sobre la excesiva descripción de detalles en la narrativa. “(...) estas anotaciones son escandalosas (desde el punto de vista de la estructura), o, lo que es aún más inquietante, parecen proceder de una especie de lujo de la narración”⁵⁸.

Un ejemplo de esta práctica en la escritura de Vicuña Mackenna lo encontramos precisamente en la primera página de su Historia de Santiago: “Al declinar la tarde del día 19 de Enero de 1540 una cuadrilla de ciento y cincuenta lucidos caballeros penetraba en la Catedral del Cuzco en actitud reverente y a la vez activa. Iban desnudos de sus cascos y celadas, pero llevaban en alto las espadas y seguían con la vista el pendón de de Castilla que por delante de la columna, desplegada al viento, llevaba un capitán de guerra.”⁵⁹ ‘El efecto de Realidad’ según su denominación estaría determinado, si bien también por su valor estético, por el valor simbólico otorgado a los detalles que en su conjunto describirían una ‘realidad’ por hacer parecer el cuadro descrito como la vida misma, en una actitud de verosimilitud referencial. “(...) las referencias estéticas están entonces penetradas de exigencias referenciales.”⁶⁰.

El imperativo de verdad que permea la obra histórica de Vicuña Mackenna toma parte también a la hora de pronunciar discursos de forma oral en la Cámara de Diputados donde se desempeña como diputado por Valdivia entre los años 1867-1870. Sus intervenciones estarán en su mayoría mediadas por sus conocimientos en el campo histórico, el que utiliza para dar carácter de ‘verdaderas’ por su fundamentación en ‘hechos estudiados’ a sus palabras: “Me será permitido introducir a la Cámara una idea capital y acaso nueva que abrigo sobre este negocio, con algunos antecedentes *históricos que* lo presentarán, en mi concepto, bajo su verdadera luz (...)”⁶¹

Probablemente las palabras que siguen a continuación, salidas también de boca de Benjamín Vicuña Mackenna, ilustren más que su posición frente a los mapuches – araucanos, para el escrito decimonónico- asunto que nos convoca, la idea anterior acerca de su práctica de utilización de datos, referencias a la ‘realidad’, para apoyar sus opiniones. La autoridad conferida al personaje por sus pares políticos estará mediada por la autoridad conferida a la disciplina (de la que él es garante) y no por sus apreciaciones personales. Su opinión sólo es válida en la medida en que se refiera al conocimiento de los hechos, tanto como sólo es válido el texto histórico que lo hace: “Y doy estos datos, al parecer nimios e inconducentes, porque siempre persigo el propósito que forma la idea matriz de este discurso y que tiende a convencer a la Cámara y al país que no ha sido nunca la pujanza

⁵⁸ Roland Barthes, ‘El efecto de Realidad’. En: *El Susurro del lenguaje, más allá de la palabra y la escritura*. (Ediciones Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México, 1984):180.

⁵⁹ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*, Op. Cit: 25.

⁶⁰ Barthes. Ob. Cit: 180.

⁶¹ “Primer discurso sobre la Pacificación de Arauco”, pronunciado el 10 de Agosto de 1868. En *Discursos Parlamentarios de Benjamín Vicuña Mackenna*, Tomo I: 391.

mentida de los araucanos, sino la impotencia nuestra, la que ha dado lugar a la querrela secular que con ellos mantenemos su triste celebridad.”⁶²

Concebirá su obra como un trabajo inacabado que ha pretendido dar luz a un “período tan largo como obscuro” y agradecerá la colaboración de sus colegas con “nuevas noticias”, “rectificaciones o ampliaciones”, invitando así a generar una obra conjunta en la que él sólo ha cooperado con un grano de arena. Reitera la modestia con que escribe y la adscripción de su labor a un rol difusor y educador de la población chilena (aunque parece ser sólo la élite), señalando que ha escogido un estilo ameno y directo, apartando las referencias de sus datos para no confundir al lector. “Nos ha parecido por esto preferible un estilo llano y corrido cual conviene a esta historia exclusivamente doméstica, narrada a la gran familia chilena por uno de sus más humildes miembros, no menos que el empleo de notas complementarias paradescartar el texto en lo posible de maneras extrañas a la unidad de su argumento.”⁶³

Aunque por su carácter de formación autodidacta la historia hubiese perdido terreno frente a otros oficios como el Derecho y la Sociología que se habrían estructurado de una manera más objetiva y neutra en la formación de las elites, Mizón señala que nunca antes como con la obra de Benjamín Vicuña Mackenna se había alcanzado una difusión y fama de los frutos de la disciplina. “Es la historia de Benjamín Vicuña Mackenna la que integra el relato nacional a las capas populares de un liberalismo que se desliza progresivamente hacia el radicalismo por la puerta que han dejado abiertas las polémicas del Estado laico y el positivismo.”⁶⁴

Su formación liberal romántica adquirida en Europa y el conocimiento obtenido en sus viajes, le harán referirse a este continente y a su cultura como modelo de desarrollo progresivo. En términos historiográficos, cuando se decide a escribir la *Historia de Santiago* que ya hemos referido, pretende imitar la usanza europea de elaborar relatos para cada uno de sus pueblos o villorrios. Esta motivación está acompañada, según sus palabras, por la necesidad de historiar una ciudad que gracias a la fiebre del oro desatada en California ha encontrado un esplendor económico y se dispone a cambiar su fachada colonial por una abundancia de palacios de vivienda. Su deseo es el de plasmas en letras, la transformación que experimenta la ciudad de cara a la modernización del país, fruto de la administración estatal republicana. Fiel a la verdad, señala “(...) hemos buscado con ahínco el acierto, tratando de combinar lo ameno con lo severo, la enseñanza útil con el deleite pasajero.” Y proclama a su historia como una Historia crítica ya que dará a conocer todos (dentro lo posible) los aspectos de la ciudad y su sociedad, sin omitir los detalles que pudieran mermar la imagen de Chile.

2.2. Opinión de sus pares

“En 1855, tuvimos otro entusiasta cooperador en aquella obra de investigación histórica”, escribió Barros Arana, “Benjamín Vicuña Mackenna, joven como nosotros, alejado de Chile

⁶² “Primer discurso sobre la Pacificación de Arauco”. Ob Cit:400

⁶³ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*. Ob Cit.:19.

⁶⁴ Mizón, Ob Cit: .105

por causa de las turbulencias políticas en las que precozmente había tomado parte, regresaba a la patria después de tres años de viajes en Europa i en América, que habían desarrollado considerablemente su talento rápido i su vigorosa imaginación. Aunque ya era autor de algunos escritos no desprovistos de mérito, puede decirse que entonces se inició en la carrera literaria por la publicación de su libro de viajes, que anunciaban un notable escritor; i, después de él, por trabajos históricos que, a causa de la novedad de los hechos referidos, i, más aún, del colorido i la animación con que eran expuestos, merecieron

un aplauso alentador.”⁶⁵ Si el producto historiográfico está determinado y posibilitado por un lugar de producción social, es decir en concordancia con un momento histórico y sus herencias simbólicas, lo está también por una ‘institución de saber’ que lo califica y sanciona. En palabras de Michel De Certeau, habría dos modalidades de presentación del lugar dentro de la operación historiográfica, a saber: la Institución de saber que la permite, y la sociedad o el *corpus* social que la valida.

La generación de una ‘escuela de historiadores’, de un gremio, de un cuerpo de profesores, un club, o grupo de estudios dedicado a una disciplina en particular supone la creación de un *corpus* de leyes o normas de trabajo que operará de parámetro o criterio de discriminación a la hora de la aceptar una obra, en este caso, como ‘histórica’ o no. Por ello, el ‘nosotros’ que utiliza Vicuña Mackenna para dirigirse al lector, cumple una doble función: por una parte lo viste de objetividad y, por otra, crea la verdadera relación comunicativa que pretende la obra, que es acceder a una relación con su Institución de Saber. “La organización de las disciplinas se opone tanto al principio del comentario como al del autor. Al autor, porque una disciplina se define por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones consideradas verdaderas, un juego de reglas y de

definiciones, de técnicas y de instrumentos.”⁶⁶ La relación del autor con sus pares se define por la adscripción y la correspondencia que éste haga a las normas de elaboración que el conjunto a dispuesto, su capacidad de innovación se ve por ello limitada por la voluntad de representación. Por ello Michel De Certeau considera que “el público no es el verdadero destinatario del libro de historia, aun cuando sea su apoyo financiero y moral. Como el alumno que dirige la palabra a toda la clase, pero tiene detrás a su maestro, una obra es menos apreciada por sus compradores que por lo ‘pares’ o ‘colegas’ que la juzgarán según criterios científicos diferentes de los del público, y decisivos para el autor desde el momento en que pretende hacer obra historiográfica.”⁶⁷

Un historiador debe entonces estar ‘acreditado’ para tener acceso a la enunciación historiográfica. Veamos las consideraciones de Domingo Amunátegui Solar, Guillermo Feliú Cruz y posteriormente Luis Mizón, sus pares. Sobre el estilo de escritura de Vicuña Mackenna, Domingo Amunátegui Solar declaró: “En la *Historia de Santiago*, más que en ningún otro de sus libros históricos, Vicuña Mackenna descubre una gran potencia evocadora del pasado. La pluma manejada por él se transforma en la varilla de un mago;

i los hechos i los hombres reviven con lozana realidad.”⁶⁸ Guillermo Feliú Cruz agregó: “La historia de los libros de Vicuña Mackenna ha sido narrada por él mismo. Es el escritor chileno que más ha revelado en sus numerosas páginas la poderosa individualidad de que

⁶⁵ Diego Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*, Tomo XVI. (Rafael Jover Editor, Santiago, 1884): 356.

⁶⁶ Michel Foucault, *El orden del discurso*, Ob. Cit. p. 33

⁶⁷ Michel De Certeau, Ob Cit: 75.

⁶⁸ Domingo Amunátegui Solar, Ob. Cit: 121.

estaba tan maravillosamente dotado. Es el que más ha hablado de sí en sus obras. El que ha tenido más confianzas con el público y ha revelado el fondo mismo de su ideología y anhelos de escritor.”⁶⁹ Pero a este mismo respecto Amunátegui afirmó que esta facilidad de lenguaje y exposición directa le habría de causar grandes prejuicios a su obra. En variadas ocasiones cree confundir en sus escritos el estudio histórico con la literatura de ficción e invita el lector a no dejarse llevar por el título de “historia” que les da su autor. Si bien reconoce su capacidad expositiva, apunta que obras suyas, como el *Diario de Viajes*, no cuenta con ‘lo necesario’ para ser considerado ‘estudio histórico’, las Historia de Santiago y Valparaíso parecen más un anecdotario desordenado que carece de cohesión más que la que le da una sucesión de biografías. “Por desgracia, desde este primer libro incurrió en los principales defectos que deslucieron su producción literaria: incorrección en el decir, superficialidad de criterio, inexactitud en los hechos, falta de armonía en la composición.”⁷⁰

Y luego agregó: “Los títulos con que a veces bautizó sus trabajos no deben engañar al lector. La Historia de Santiago, la Historia de Valparaíso, la Jornada del 20 de Abril de 1851, las Campañas de la guerra de 1879 contra el Perú i Bolivia, no son sino diferentes series de biografías, agrupadas por materias”⁷¹.

La generación del 42 compuso a sus intelectuales, historiadores, literatos y filósofos, de manera autodidacta. Como ya hemos dicho, la primera obra reconocida como ‘histórica’ surgió en 1844. Desde entonces se habría formado un grupo de intelectuales entre ellos, Bello y Lastarria que en conjunto con pensadores extranjeros comenzaron a crear el saber histórico en Chile. La mayoría de los historiadores realizó estudios formales en leyes. Formándose en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, conocieron como máxima que el estudio detallado de las fuentes llevaba a la verdad. En el caso de Vicuña Mackenna, fue probablemente esta la combinación, los estudios de las leyes y su consiguiente inclinación al cientificismo positivista, más la gran imaginación que sus pares le atribuyen, la que termina por completar una obra para unos ligada a la historia y para otros a la literatura. *Había nacido escritor*, dijo Amunátegui.

Quizás hoy existan menos dudas acerca de su trabajo. Por una parte ha sido utilizado de referencia para un sin número de nuevas obras, otorgándosele muy probablemente una condición de ‘obligatorio’ de lectura. Famosos historiadores de nuestra época no solo lo alaban sino que lo citan otorgándole gran autoridad. Sergio Villalobos, cita repetidas veces a nuestro personaje en su *Historia de Chile* publicada recientemente en 2006. Frases como *bien interpreta, bien señala, o elabora brillantemente*, abundan en su texto. Por otra, la literatura y la historia se encuentran si no cerca, más ligadas. Se ha permitido hoy, con el giro lingüístico, la entrada a las ideas que profesan la labor literaria que comparten los historiadores.

2.3. La Imagen de los Mapuches en el discurso de Benjamín Vicuña Mackenna: Binarismo Excluyente

⁶⁹ Guillermo Feliú Cruz, *Las obras de Vicuña Mackenna. Estudio bibliográfico precedido de un panorama de la labor literaria del escritor*. (Prensas de la Universidad de Chile, Santiago 1932):15.

⁷⁰ Domingo Amunátegui Solar, Ob. Cit: 116.

⁷¹ Domingo Amunátegui Solar, Ob. Cit: 117.

“Al fin de cincuenta años de guerra, o más bien de escaramuzas, se hicieron las primeras paces generales. El Marqués de Baidés celebró el primer parlamento general, en que virtualmente y aun de hecho se reconoció la soberanía de los bárbaros, siendo los testigos de aquella congregación las botijas de sus torpes borracheras y demás vicios infames que por vía de festividad y alianza comenzó a tolerárseles” Benjamín Vicuña Mackenna

Sin que mediase una transformación sustancial en el comportamiento cultural del pueblo mapuche, el cambio de administración estatal significó una conversión casi automática de su imagen. De ser concebido como los valientes guerreros que ocupaban las tierras del sur y combatían con justa razón por su libertad, pasaron a ser bárbaros y salteadores, vándalos y borrachos, perezosos e imprevisores, sin sentido de futuro ni responsabilidad.

Durante el período colonial los criollos, tenían una consideración amistosa por el que llamaban “araucano”. Con el afán de ser de aliados de ellos contra las fuerzas realistas, entablaron conversaciones y los perfilaron en sus escritos como “Valientes Guerreros”. Para entonces “La Araucana” de Ercilla era utilizada como perfecta fuente que emanaba verdad. Sin embargo, tan pronto como surgió la República y la dominación transoceánica desapareció, se elevó un relato que traspasaba la figura del enemigo externo por el interno. La República asumía que los territorios de la Araucanía eran parte de su jurisdicción y con ello que las luchas que una vez fueron contra el español eran ahora contra los chilenos. Se pensaría desde entonces que la ocupación de esas tierras sería un paso natural del Estado. Con el poder de la palabra los transformaron en aquello que se reconocía como lo prohibido y lo indeseable. La creación de la nación chilena suponía la implantación de nuevos valores y se utilizó al sujeto mapuche, tanto como a los mestizos y las castas, para que por oposición y contraste se consolidara la nueva identidad.

Se ha dicho que la educación de los chilenos fue usada para provocar la correcta adhesión de ellos a la nación y al Estado, educación que era entendida como moralización y disciplinamiento. “La educación conveniente aludía púdicamente a la adopción de maneras que no chocaran en una buena sociedad o a la insolencia que debía surgir a raíz de una

promoción social disputada.”⁷² En la educación se incluyeron las imágenes que creaban los historiadores, pero la literatura de ficción no se quedó atrás. Las escaramuzas que de tiempo en tiempo explotaban en la frontera del río BíoBío, los malones de poca monta que asolaban algún villorrio y, en general, las andanzas de los lonkos enriquecidos con el comercio ganadero trasandino, aparecían en la prensa y eran proclamados en ardientes arengas políticas. El espacio público se llenó prontamente de animadversión y miedo al salvaje.

Los vocablos más usados para nombrarles y objetivarles fueron: bárbaro, salvaje, perezoso, traidor, reservado, iracundo, borracho, odioso, sangriento, pendenciero, desconfiado, sombrío, belicoso, imprudente, rebelde, insolente, indomable, alzado, bandido, salteador de caminos, cobarde, asesino, implacable, enemigo, primitivo, vicioso, ocioso, bruto, mentiroso, abominable, incorregible, esclavista de mujeres, holgazán, armado, osado, rapaz, usurpador, e infeccioso. Podemos observar que cada uno de estos adjetivos posee una connotación negativa y que por tanto no se considera en ellos ni una pizca de bondad o pureza. Sólo insultos merecen estos hombres, sólo latrocinios causaban a la patria. Claudio Gay con sus litografías y Monvoisin con sus óleos reforzaban la imagen del ‘salvaje libidinoso’ que chorreando babas o con sus ‘chascas’ al viento, atrapaban en sus fornidos brazos a las mujeres de tez blanca para ocultarse en las selvas araucanas.

⁷² Germán Colmenares, Ob Cit, p. 49.

Y ¿Qué otras palabras acompañan la descripción? Una denominación de naturales, endémicas, orgánicas, y de instituciones públicas y domésticas, entregan una lectura de “ineludibles e inmejorables” a estas condiciones infrahumanas. Las pasiones irracionales que llevan a estos cuasi hombres a comportarse como lo hacen estarían dadas por su naturaleza, lo que remite a una cuestión de razas y de determinismo biológico. Esto les entrega una calidad de irremediables: carentes de localización, es decir, de haber sido producidos en un lugar implicando también un tiempo, la posibilidad de cambio desaparece y se convierte en cualidad ahistórica. La producción de sentido a través de la palabra que recae sobre el mapuche, en cambio, ha variado en el tiempo y ha sido por tanto, resultado de los designios de un lugar. Los rasgos que ha querido destacar la elite republicana se conjugaron de distintas maneras en los discursos que emitieron sus intelectuales pero van todos en la misma dirección.

Diego Barros Arana los retrata como “reservados i sombríos por naturaleza, los indios chilenos casi desconocían la conversación franca i familiar del hogar: solo tenían algunas horas de expansión en sus borracheras, i aun entonces en lugar de dar libre vuelo a los sentimientos amistosos, dejaban con preferencia estallar sus odios i convertían la fiestas en una riña sangrienta. Esta reserva habitual los hacia desconfiados, i los obligaba a vivir con las armas en la mano, casi viendo en cada hombre un enemigo. Por la misma causa sus amistades eran de poca duración, se rompían con gran facilidad i con frecuencia se

cambiaban en arranques de ira i de odio.”⁷³ Domingo Faustino Sarmiento, originario del otro lado de la cordillera también se refirió a ellos. Su discurso se centra en que la presencia de los mapuches es una amenaza para la civilización porque han formado parte de la composición mestiza de la Argentina, causando grandes estragos en su cultura. En sus propias palabras: “de la fusión de estas tres familias (españoles, indígenas y negros) ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, como la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuelas y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión,

para dedicarse a un trabajo duro y seguido”⁷⁴ Y Francisco Bilbao, reconocido intelectual de la época, escribió: “Habitando las cordilleras cerca del volcán Antuco, estos indios dominaban los llanos del oriente y Occidente. Nómadas, verdaderos tártaros de América, habitan toldos, comen la carne de caballo y son los más bárbaros de las tribus conocidas.”⁷⁵

Aparentemente podemos establecer, tras la lectura de estos tres autores que la imagen se convierte en estereotipo, lo que supone convertir sus formas en caracteres permanentes que se evocan con un solo vocablo: “indio”. “Este conjunto de rasgos o estereotipos,-al decir de Milan Stuchlik- es o puede ser diferente en cada período histórico; lo interesante es que se modifica no tanto con los cambio mismos en la cultura Mapuche, sino más bien con los que ocurren en la cultura chilena. Es decir, en cada período histórico los chilenos considerarán como típicas y determinantes diferentes características culturales y sociales de los Mapuche.”⁷⁶ La pregunta de Perogrullo es entonces ¿Qué provoca esta

⁷³ Diego Barros Arana, Ob Cit: 110.

⁷⁴ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo. Civilización y Barbarie*. (Ediciones Colihue, Buenos Aires 1994):54.

⁷⁵ Francisco Bilbao, Los Araucanos: 22. En: www.memoriachilena.cl

⁷⁶ Milán Stuchlik, *Rasgos de la Sociedad Mapuche Contemporánea* (Ediciones Nueva Universidad, Santiago, 1974): 27.

representación del mapuche? ¿Qué buscan el Estado y sus escribas? ¿Qué ha pasado en la “cultura chilena” (en términos de Stuchlik) que requiere una figura de connotaciones negativas? ¿Por qué ha de ser el mapuche un borracho vicioso e incorregible? ¿Qué se pretende proteger o defender cuando se insulta de manera tan antojadiza a los antepasados?

Tomado el poder e instaurada la República se crea el relato del origen de la nación. Este conjunto de explicaciones, que operan como un aparato coercitivo que posibilita el surgimiento de su identidad cultural de bases aparentemente legítimas, se caracteriza por una clausura del pasado al que debe representar como la oscuridad frente a la luz del presente prometedor, una apreciación despectiva de la cultura mapuche frente a una exacerbación de la naciente cultura chilena, y, una pretensión de unidad y homogeneización en concordancia con los valores de libertad, democracia, tolerancia, ciencia y razón. ¿Cuál es la amenaza que representa el mapuche para este proyecto?

El mapuche representaba para la elite republicana del siglo XIX en Chile, su cultura, y como su cultura, el enemigo acérrimo de la suya. Se pensó su exclusión en un binarismo que permitía enseñarle a la población chilena que era lo correcto y que no lo era; se trazó lo permitido y lo prohibido, se tramó una fórmula escrita y hablada que oponía a los mapuches con los chilenos, aun cuando se pretendía incluirlos en la nación. Contradicción de la que se ocupa Jorge Pinto Rodríguez en su *Formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión* donde señala: “Los mapuche sufrieron el acoso del Estado y de los agentes que trasladó a la zona, perdiendo gran parte de sus tierras, su cultura e identidad. De nada valió su resistencia; acorralados en las reducciones tuvieron que adaptarse a formas de vida que poco tenían que ver con sus costumbres ancestrales”⁷⁷

. La integración se entendía así como la asimilación de la cultura mapuche por la cultura chilena. En función de ello ¿Qué se hizo para reducirle callarle y anularle discursivamente? ¿Cómo lo hizo Benjamín Vicuña Mackenna?

Vicuña Mackenna escribió en su *Historia de Santiago*: “Por lo que llevamos referido de los recuerdos municipales que imperaron en Santiago durante los primeros quince años de su existencia, es fácil darse cuenta cabal de lo que sería aquella comunidad, triste, pobre, taciturna, implantada de improviso en medio de una nación bárbara y en un sitio que se reputaba como el último rincón del mundo.”⁷⁸ Tres cuestiones se destacan aquí. Primero, que durante la conquista y la colonia la ciudad de Santiago era triste pobre y taciturna; segundo, que fue fundada con improvisación por los españoles; y tercero, que en el lugar donde hoy surge la gran ciudad ilustrada y liberal, antes hubo una nación bárbara. Observamos aquí la oposición entre historia actual- de la república- y la historia del período de la conquista y la colonia. Más temprano que tarde, habría de triunfar la civilización y traería a la ciudad la modernidad de la que hacía gala ya para el siglo XIX.

Basado en documentos obtenidos en el Archivo del Ministerio de Guerra, correspondencias entre grandes personajes militares, memorias, crónicas, relatos de viajeros, y relaciones, autorizó sus palabras y se permitió decir: “Y yo pregunto, a mi turno, ¿Puede tratarse la cuestión que debatimos con más sabiduría, con más abundancia de hechos fundados en una constante observación, con una previsión más profética, si es posible decirlo así? Señores, eso son los oráculos que nosotros debemos consultar en estos

⁷⁷ Jorge Pinto, Ob Cit: 231.

⁷⁸ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*. Ob Cit: 87.

arduos casos. Nuestros discursos y teorías en momentos en que suena la generala lejos de nosotros tal vez no es la mejor obediencia de un puro patriotismo⁷⁹.

Un gran temor de la historiografía 'positivista liberal' fue el espectro de la subjetividad. Los datos de archivos y las referencias de las crónicas adquirirían un rasgo de sagrado e inalterable toda vez que se situaban más allá de la voluntad intervencionista del historiador; intervencionismo que, está de más decirlo, se producía en todo el ejercicio a través de la elección del tema, la lectura de las fuentes y la incesante interpretación de los hechos. Materialmente el soporte del dato –el documento- parecía inalterable, más todavía si hacía alusión a un pasado muy remoto. Pero Vicuña Mackenna no logró escapar de la prisión de su época pues vivió y murió entrapado por sus prejuicios racistas, su marco epistemológico basado en el darwinismo social y su condición de intelectual alineado detrás del poder del estado que en esos momentos borraba la autonomía mapuche. Su obra abundante y erudita, prolija en el examen de las fuentes y minuciosa en el rescate de los testimonios de su tiempo, naufragó en las trampas que, desde el fondo de su mentalidad, atraparon también al resto de la historiografía tradicional. Sin duda, Vicuña Mackenna escribió su obra conjugando el *episteme* de su tiempo y de su época, seguro de que sus textos surgían legitimados por el aparato del Estado, avalados por su prestigio como investigador y respaldado por esa red inefable de vínculos institucionales y sociales que rodeaban al intelectual de comienzos del siglo XIX.

La idea de razas superiores e inferiores, tan arraigada en el darwinismo social de la época, y la necesidad de justificar la evidente degradación de los mapuches a causa de la expropiación que estaban experimentando posibilitaron que Vicuña Mackenna declarara: "Bien sabe el Honorable Senado que los hombres de ciencia que han estudiado las razas pobladoras del mundo, han llegado a clasificarlas con caracteres generales, según reglas, más o menos fijas, de índole y temperamento. Y así como la raza caucásica es valerosa y guerrera, y la raza malaya tímida e indolente, así queda demostrado que la raza primitiva que habitó nuestro suelo y domina su mejor parte, es especialmente rapaz y usurpadora. Sabido es que el hurto es una especie de institución pública y doméstica en la Araucanía y que el fraude se enseña y se transmite de padre a hijos, como si fuera la cartilla de la vida. Esto lo dijo en verso Ercilla y lo han repetido después en buena prosa todos los capitanes generales de Chile, desde don Pedro de Valdivia a don Basilio Urrutia"⁸⁰

Y más tarde se preguntó "¿Qué es la cuestión de Arauco? Para mí no es, señor, sino un gran fantasma, fantasma sangriento, que se pasea durante tres siglos sobre nuestra historia, engañando a todas las generaciones como una ilusión óptica. La guerra de la Frontera, tal como se ha venido entendiéndola, es, a mi juicio, una quimera tan caprichosa como funesta"⁸¹ Bastaba, para Vicuña Mackenna hacer uso de una fuerza superior para extirpar de una vez y para siempre este cáncer de la sociedad chilena que no podía permitirse, para el y los de su generación, tener un foco distinto, y se supone en "oposición", de significación.

⁷⁹ Milán Stuchlik, *Rasgos de la sociedad Mapuche contemporánea* (Ediciones, Universidad Católica de la Frontera, Temuco, 1974):27. El autor identifica tres estereotipos acuñados en Chile de los mapuches: los valientes guerreros, los bandidos sangrientos (siglo XIX) y los indios flojos y borrachos (post Pacificación).

⁸⁰ Benjamín Vicuña Mackenna, "Bandolerismo. Sesión 14 ordinaria en 5 de Julio de 1876", en *Discursos parlamentarios II Senado* (1876-1884) en: *Obras completas de BVM*. (Universidad de Chile, Santiago, 1939), Volumen XIII: 432.

⁸¹ "Primer discurso sobre la Pacificación de Arauco", en: *Discursos Parlamentarios de Benjamín Vicuña Mackenna Tomo I*: 391.

En sus discursos quedaba claro que la adhesión del pueblo mapuche se entendía como la eliminación de sus particularidades culturales, porque la nación chilena debía ser constituida en torno a una nueva identidad cultural que, desligada de su pasado bárbaro y salvaje, se enfrentara al futuro promisorio. El Paraíso se encontraba dos pasos mas allá de donde estábamos y el mapuche, representante de su cultura y de nuestro pasado, aparecía como un foco infeccioso que podría recordarnos nuestra “verdadera identidad”. Benjamín Vicuña Mackenna creaba una “verosimilitud referencial” de la realidad por medio del uso de una narrativa detallista, el corte arbitrario que significa la selección de hechos y datos como fuente y la autorización que recibe de su institución de saber y su sociedad. Se sustituye el cuerpo del mapuche por una imagen de él que se ha fabricado con la intención de asemejar una realidad a la que refiere, supuestamente, bajo los designios de la verdad y la razón. Ambos principios serían dictados por las reglas culturales de representación de su ‘lugar’, es decir, por los imperativos realistas que operaban en el Siglo XIX.

Cierre

Se cumple una necesidad, se sacia un deseo, se trabaja para un fin. Se acaban estas páginas y hemos llegado al cierre. Se dijo: “Ya se habló, ya hemos escrito”. Se hizo lo que se pudo y se pudo lo que se quiso. Creamos el conjunto, le dimos sentido e inventamos con ello otra ilusión. La violencia de nuestra palabra, al decir de De Certeau, construyó el cuerpo del otro, le ofreció y obligó a tener unas características, unos móviles y unos instrumentos: Benjamín Vicuña Mackenna y su ‘lugar’ han vuelto a nacer. El ejercicio, en forma y contenido, se explicó. “(...) el historiador experimenta una praxis que es inextricablemente la suya y la del otro (otra época o la sociedad que hoy lo determina). Elabora la ambigüedad misma que designa el nombre de su disciplina. *Historie* y *Geschichte*: ambigüedad rica en sentido”⁸². Historia entendida como el devenir es a la vez historia hecha de la acumulación de hechos, por una parte, y de la interpretación de ellos con un sentido de temporalidad, por otra. No se separan, en los vocablos alemanes que designan la disciplina estos dos aspectos del quehacer histórico que configuran de principio a fin los relatos que nos significan y que usamos para significar. Parece una trampa. Estamos rodeados por las fuerzas de las representaciones que trazan otros mediados por el lenguaje, y esos otros, somos también nosotros mismos. No sólo “nosotros” los historiadores, sino que “nosotros” los Pedro, las Ana y los Sebastián, ¿Somos por ello nuestros propios enemigos?; ¿Nos tendemos nuestras propias trampas?

A fin de cuentas, pareciera que somos meros reproductores de un sistema malévolo que nos inventa el mundo para hacernos creer que funciona de tal o cual manera y con ello determinar nuestro actuar, sentir y creer. Para efectos de este trabajo, ¿Hemos sido lobotomizados para asumir al mapuche como nuestro enemigo? Que un discurso sea hegemónico y se entienda como el oficial, ¿significa que es más “verdadero” para aquellos sistemas de elaboración que son ajenos a estas figuraciones, que cuentan con otro orden simbólico?; ¿Hay posibilidades de escapar? De inventar cosas nuevas, nuevos proyectos?; ¿De cambiar nosotros y cambiar así nuestras creaciones?

A ratos me siento atrapada por un determinismo también inventado por las letras y siento que llego nuevamente al comienzo una y otra vez. En otros, que la infinita posibilidad de combinación, aunque mediado por aquello que reconocemos como lo posible y lo imposible, permite que inventemos lo que nos conviene a “nosotros”, que nos hace tal vez más felices y que no me atrevo a definir por no trazar sus límites y con ello causar la exclusión. Aunque ya haya sido hecho a lo largo del texto anterior, explícita o implícitamente.

No es necesario que digamos que el mundo ha cambiado a lo largo del tiempo, porque por ello lo entendemos histórico. Pero si es necesario que establezcamos que es gracias a esta cualidad, que puede ser producto de nuestra imaginación, que se han creado y seguirán creando otros cuerpos de relatos que nos den una respuesta a la pregunta por el origen, según lo que planeamos y planean otros por nosotros, para diseñar la arquitectura de un futuro con el que creemos contar.

Surgen las palabras de boca del profesor que acompaña estas líneas y esta ilusión: “Que se diga que la historia comienza en Chile durante la segunda mitad del Siglo XIX, es

⁸² Michel De Certeau, Ob Cit: 61.

parte del truco. Los hombres siempre han contado historias, lo importante es saber para qué las contaron y cómo lo hicieron y, más aun, saber por qué hoy no son entendidas como Historia". Se culmina una conversación mientras se escribe a toda velocidad en busca de la completitud de las obras con las que referimos la realidad. Contamos "nuevas" historias utilizando los mismos artefactos y esperamos haber cumplido con el oficio. Haber operado según las convenciones de nuestros tiempos. Al menos sabemos que es por los límites de ellas que, primero, nos hemos preguntado por qué y cómo es que ha sido la historia el relato que explica nuestros orígenes nacionales, legítimos o no; y, segundo, que nos hemos apoyado en citas y fuentes para decir lo que hemos dicho y seguimos diciendo: "La historia ha tomado el relevo de los mitos 'primitivos' o de las teologías antiguas desde que la civilización occidental dejó de ser religiosa; y en el mundo político, social o científico se define por una praxis que compromete igualmente sus relaciones con ella misma y con otras sociedades. El relato de esta relación de exclusión y de fascinación, de dominación y de comunicación con el otro (cargo sucesivamente ocupado por algo cercano, o algo futuro), permite a nuestra sociedad narrarse a si misma gracias a la historia. Funciona como lo hacían, o lo hacen todavía en civilizaciones remotas, los relatos de las luchas cosmogónicas que enfrentan un presente con su origen."⁸³ Como bien señaló el semiólogo Umberto Eco, "sólo se hacen libros sobre otros libros y entorno a otro libros".

⁸³ Michel De Certeau, Ob Cit: 61

Fuentes Impresas

Domingo Amunátegui Solar. *Historia de Chile*. Las letras chilenas Universidad de Chile, 1925.

Diego Barros Arana. *Historia Jeneral de Chile* 15 Vols., Rafael Jover Editor, Santiago 1884.

Feliú Cruz, Guillermo. *Las obras de Vicuña Mackenna. Estudio bibliográfico precedido de un panorama de la labor literaria del escritor*. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago 1932.

Domingo F. Sarmiento. *Facundo. Civilización y Barbarie* Ediciones Colihue, Buenos Aires 1994.

Benjamín Vicuña Mackenna. *La Guerra a Muerte*. En: Obras Completas. Publicadas por la Universidad de Chile. Volumen XV. 1868.

-----. *Historia de Santiago*. En: Obras Completas. Publicadas por la Universidad de Chile. Volumen X. 1868.

-----. Discursos Araucanos. Ubicación: 2 (4-7). 3P. Museo Benjamín Vicuña Mackenna, Sesión 43 Ordinaria en 8 de Agosto de 1868.

-----. Primer discurso sobre la Pacificación de Arauco. Pronunciado el 10 de Agosto de 1868. En: Tomo I Discursos Parlamentarios de Benjamín Vicuña Mackenna.

-----. Discursos Parlamentarios de Benjamín Vicuña Mackenna. Tomo I y II. Museo Benjamín Vicuña Mackenna.

Bibliografía

- Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas* Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1993.
- Roland Barthes. "El efecto de Realidad". En: *El Susurro del lenguaje, más allá de la palabra y la escritura*. Ediciones Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México, 1984. Capítulo IV, De la Historia a la Realidad
- José Bengoa. *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX* Editorial. Planeta, Santiago, 1999.
- Roger Chartier. *El Mundo como Representación*. Editorial Gedisa. Barcelona, 1996.
- Colmenares, Germán. *Convenciones contra la cultura*. Ediciones DIBAM, Santiago, 2006.
- Michel De Certeau. *La escritura de la Historia*. Universidad Iberoamericana, México, 1993.
- Michel Foucault. *Genealogía del Racismo*. Editorial Altamira. Argentina, 1996.
- . *La Arqueología del Saber*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002.
- . *El orden del discurso* Fabula Tusquets Editores, Barcelona, 2002.
- . *La verdad y las formas jurídicas* Editorial Gedisa, Barcelona, 2003.
- Cristián Gazmuri. *La historiografía chilena, 1842-1920* Editorial Taurus, Santiago, 2006, Tomo I
- Mario Góngora. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* Ediciones La Ciudad, 1981.
- Sergio Grez, *La cuestión Social en Chile. Ideas, debates y precursores (1804-1902)*, DIBAM, Santiago, 1995.
- Martín Heidegger. *Ser y Tiempo* Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- Eric Hobsbawm y Terence Ranger. *La invención de la Tradición*. Editorial Crítica, Barcelona, 2002.
- . *Sobre la historia*. Editorial Crítica, Barcelona, 2002.
- Octavio Ianni. *Teorías de la globalización*. Ediciones Siglo XXI, México, 1998.
- Jorge Larraín. *Identidad Chilena*. Ediciones LOM, Santiago, 2001.
- Juan Mantovani et al. "La tarea de Sarmiento y su generación". En: *Sarmiento. Educador, sociólogo, escritor, político*. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1961.
- Pablo Marimán et al. *¡...Escucha Winka...! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y epílogo sobre el futuro* Ediciones LOM, Santiago, 2006.
- Luis Mizón. *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 2001.

- Lewis H Morgan. *La sociedad primitiva*. Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1946.
- Jorge Pinto Rodríguez. *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*. Ediciones DIBAM. Santiago de Chile, 2003.
- Modernización, Inmigración y Mundo Indígena. Chile y la Araucanía en el siglo XIX*. Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1998.
- Gabriel Salazar y Julio Pinto. *Historia Contemporánea de Chile I. Estado legitimidad, ciudadanía*. Ediciones LOM, Santiago de Chile, 1999.
- Milán Stuchlik. *Rasgos de la Sociedad Mapuche Contemporánea* Ediciones Nueva Universidad, Santiago, 1974.
- Sergio Villalobos et al. *Historia de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 2006.
- *Los pehuenches en la vida fronteriza* Ediciones Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1989.
- Immanuel Wallerstein (coordinador). *Abrir las Ciencias Sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales*. Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, 2006.

Artículos

- Leonardo León. “Los combates por la historia”, en Sergio Grez y Gabriel Salazar, Editores, *Manifiesto de Historiadores* LOM, Santiago, 1999.
- “Ngulan Mapu: (Araucanía) La ‘Pacificación’ y su relato historiográfico, 1900-1973”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* XI, 2 Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2007: 137-170.
- “Historia y representación: Tomás Guevara y sus estudios sobre los mapuches del *gulu mapu*”, *Revista de Historia Indígena* 10 Universidad de Chile, Santiago, 2007: 47-61.
- Gabriel Salazar. “Chile, historia y bajo pueblo. De la irracionalidad y la violencia”, en *Historia desde abajo y desde adentro* Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003.
- Bernardo Subercaseaux. “La construcción de la nación y la cuestión indígena”. En: *Nación, Estado y Cultura en América Latina*. Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Santiago 2003.
- Immanuel Wallerstein. “La escritura de la Historia” En: *Revista Contrahistorias*. Año 2004. N° 2